LA ALEGRÍA SIN OBJETO

Jean Klein

ÍNDICE

Prólogo 3
I. Confusión del sujeto con el objeto 7
II. La respuesta silenciosa y general 20
III. Fuera del circulo vicioso: el estado meditativo 27
IV. La resolución de todas las preguntas 36
V. Más allá de los estados 46
VI. El acercamiento 56
VII. Lo vivenciado. El maestro espiritual 61
VIII. Hacia la plenitud 67
IX. Conocer el ser es conocerse como ser 70
X. La unidad omnipresente. La liberación 77
XI. ¿Quién soy? 83
XII. El silencio 90
XIII. La meditación 95
XIV. La fuente de todo deseo 100

PROLOGO

Musicólogo y con formación médica, el autor de «La Alegría sin Objeto» llegó a interesarse por las doctrinas orientales a través de la lectura de las conferencias de René Guénon, lo que le condujo a buscar un conocimiento directo y no sólo libresco del Vedanta-Advaíta, *junto a maestros contemporáneos. En efecto, en el transcurso de largas estancias en la India es cuando Jean Klein adquirió «de boca a oído» lo que nos comenta y su libro es el testimonio de una experiencia doble: la búsqueda espiritual que el autor llevó a término en Oriente y sus encuentros con numerosos investigadores occidentales a los cuales trae una contestación en nombre de los maestros que le juzgaron calificado para transmitir su enseñanza.*

¿Qué es el Vedanta-Advaíta *a que apela dicha enseñanza? Es sabido que las Escrituras en las cuales se basa fundamentalmente el brahmanismo se agrupan bajo la denominación general de* Veda, *de ciencia sagrada. Entre estos textos los llamados* Upanishads *constituyen, con los* Brahmas-Sútras *y la* Bhagavad Gita, *el* Vedanta, *es decir el fin del* Veda, *la palabra fin teniendo aquí el doble sentido de conclusión y de meta.*

Ocupan un sitio eminente en la literatura sánscrita porque tratan principalmente de una noción a la cual se une más o menos directamente todo lo que lleva el signo del genio hindú. Advaita *es un epíteto distintivo que, significando «no-dualidad», define la meta última en vista de la cual están ordenados los enunciados del* Vedanta *en su más elevado nivel: la perfecta identidad del «Atman» o «yo individual» y del «Brahman» o «YO» universal. Se trata de una concepción metafísica cuyo equivalente se encuentra bajo una forma más o menos velada en cualquier esoterismo auténtico, en particular en el Sufismo y en la Kabbala.*

Hablamos de concepción metafísica por que el objeto del Vedanta no es un artículo de fe en competencia con los dogmas de una u otra religión o con las aserciones no verificables de cualquier místico. Corresponde menos aún a alguna hipótesis de vana especulación adornada con nombre de filosofía. Las verdades formuladas se relacionan con una realidad cuyo descubrimiento es del mayor interés porque sencillamente está, a pesar de las apariencias, más allá del tiempo, del espacio y de la causalidad; lo que permanece es la esencia íntima y eterna de nuestro Ser.

Esta unidad, el YO, comprende espectador y espectáculo. La mente proyecta sus ideas y sus imágenes en la oscuridad de su ignorancia fundamental; dicha ignorancia implica la dualidad. El YO es conocimiento puro, luz pura, su conocimiento verdadero se sitúa más allá del conocimiento-ignorancia. Igualmente, su luz está más allá de la luz y de la sombra; el YO es Uno y de él todo fluye. «Eres Esto» dicen las Escrituras.

Añadamos en seguida que la discriminación de nuestra verdadera naturaleza así definida, con tal de que se proceda según la norma, especialmente bajo la dirección de un instructor competente, debe llevar a esta toma de conciencia efectiva que deja lejos tras sí todas las vistas teóricas que se pueden mantener a este respecto. Tal realización constituye lo que el Vedanta *llama la liberación, por que el ser que lo ha logrado, de ahora en adelante, está liberado del* Samsara*, en otros términos, ha dejado de ser engañado por la ignorancia que le ataba a las miserias e ilusiones de la existencia, provocando una transformación profunda y radical en él.*

Dicho esto, hablemos del libro de Jean Klein. El lector no debe esperar encontrar en él una exposición metódica de la doctrina advaítica, algo similar a la exposición de una tesis universitaria. Puede también resultar decepcionado si piensa recoger en él materia para enriquecer su erudición. De igual manera se equivocaría si pensara encontrarse con un diálogo de tipo platónico artificialmente establecido por el autor con objeciones inconsistentes para poner en valor sus réplicas. Esta obra es una recopilación de charlas en las cuales participaban interlocutores que hacían preguntas con toda libertad a un instructor deseoso de ser comprendido y no creído incondicionalmente. Las contestaciones dadas son de inspiración espontánea y su alcance, claro está, depende del portavoz que sirve de canal, pero con una forma cuyo molde no ha sido dado por el auditor y cuya eficacia él solo puede apreciar. En efecto, conviene no perder de vista que el mensaje comunicado así sugiere más que afirma con el fin de evitar al investigador la trampa de quedarse mentalmente satisfecho, ya que se trata de llevarle a inclinarse hacia el verdadero gurú, el que está en él y de donde surgirá finalmente la intuición de lo que es: pura conciencia y pura felicidad.

Todas las preguntas convergen hacia la solución de un mismo problema, pero están formuladas desde un punto de vista que varía de una persona a otra; por lo tanto no hay que extrañarse de encontrar aquí y allá repeticiones que pueden ser consideradas como fastidiosas y contradicciones aparentes que hubiera sido fácil eliminar en un libro. En el primer caso, se ha pensado preferible conservar el frescor del lenguaje que tiende a mantener al interesado en la misma dirección; en el segundo, la diferencia de nivel intelectual que revelaba la pregunta pedía una contestación en concordancia. Efectuar cambios en vista a una redacción literariamente mejor equilibrada hubiera podido modificar arbitrariamente la fisionomía y la integridad de estas charlas.

Para no equivocarse acerca de la meta del presente libro, el lector no deberá olvidar que aquí se le da sólo los ecos de una enseñanza cuya resonancia profunda está reservada a la transmisión oral. Si le mantiene atento la evidencia de las contestaciones que tienen siempre un carácter pedagógico y proceden de la unidad hacia la cual todo tiende, desarrollará aquel arte de leer, tal como se escucha un poema, una música, y hará que estos textos adquieran vida, dejando madurar lo que sugieren en lo profundo de su ser.

«Cuando esto es conocido, todo es conocido»
(Mundaka Upanishad, 1-1 -3)

I

CONFUSION DEL SUJETO CON EL OBJETO

Estamos condicionados, es fácil darse cuenta de ello, por nuestra herencia biológica, zoológica, nuestro psiquismo infantil, nuestro pasado político, económico, cultural… Pregunto: ¿es posible liberarnos de este condicionamiento y de su dominio? En caso afirmativo, ¿cuáles son los primeros pasos que usted propone para conseguirlo?

Para alcanzar este resultado, debemos conocernos a nosotros mismos, conocer nuestro cuerpo, nuestro psiquismo, el proceso habitual de nuestro pensamiento. Hay que proceder a una investigación en vivo, es decir sin ideas preconcebidas. Generalmente, cada uno se esfuerza en sustituir el comportamiento que juzga reprensible por su opuesto: colérico, tratamos de volvernos apacible, y así, lo único que conseguimos es complicar nuestro condicionamiento; o también, nos dejamos tentar por evasiones diversas. Con tales procedimientos, nos condenamos a dar vueltas en un circulo vicioso. Una actitud de observación desinteresada, objetiva como dicen los científicos, es la única que nos permitirá conocernos tales como somos verdaderamente, que nos permitirá captar espontáneamente las actividades de nuestro cuerpo, de nuestra mente, los procesos de nuestro pensamiento, nuestras motivaciones. En una primera fase, el observador experimenta algunas dificultades para ser impersonal, sin elección; da dinamismo al objeto, se hace su cómplice. Más adelante, instantes de clarividencia se presentan cada vez más a menudo, luego llega un momento en que se instala entre el investigador y los objetos una zona neutra y los dos polos pierden su carga. El observador es entonces silencio e inmovilidad, el objeto condicionado ya no recibe alimento.

¿Puede usted hablarnos de las motivaciones?

En algunos momentos, solos con nosotros mismos, experimentamos una inmensa carencia interior. Es la motivación-madre la que engendra a las demás. La necesidad de llenar esta carencia, de apagar esta sed nos empuja a pensar, a actuar. Sin interrogarla siquiera, huimos de esta insuficiencia, tratamos de llenarla a veces con un objeto, a ve-

ces con un proyecto, luego, decepcionados, corremos de una compensación a la siguiente, yendo de fracaso en fracaso, de sufrimiento en sufrimiento, de guerra en guerra. Esto es el destino del hombre común, de todos los que aceptan con resignación este orden de cosas que juzgan inherente a la condición humana.

Observemos más de cerca. Engañados por la satisfacción que nos proporcionan los objetos, llegamos a constatar que causan saciedad y hasta indiferencia; nos colman un momento, nos llevan a la no-carencia, nos devuelven a nosotros mismos y luego nos cansan; han perdido su magia evocadora. Por lo tanto, la plenitud que experimentamos no se encuentra en ellos, está en nosotros; durante un momento, el objeto tiene la facultad de suscitarla y sacamos la conclusión equivocada de que fue él el artesano de esta paz. El error consiste en considerar este objeto como una condición «sine qua non» de dicha plenitud.

Durante estos períodos de alegría, ésta existe en sí misma, no hay nada más. Luego, referiéndonos a esta felicidad, le superponemos un objeto que, según creemos, fue lo que la ocasionó. Por lo tanto, objetivamos la alegría. Si constatamos que esta perspectiva en la cual nos hemos situado sólo puede dar una felicidad efímera, incapaz de proporcionarnos aquella paz duradera que está dentro de nosotros mismos, comprendemos, por fin, que en el momento en que alcanzamos este equilibrio, ningún objeto lo ha causado; la última satisfacción, alegría inefable, inalterable, sin motivo, está siempre presente en nosotros; lo que ocurre es que estaba velada para nuestros ojos.

¿Puede usted hablarnos de la perspectiva objetiva y de sus relaciones con la alegría no dual?

Para situar convenientemente la experiencia, me parece indispensable analizar a fondo la naturaleza del objeto que es considerado, equivocadamente, como la causa, la fuente misma de la alegría. Si examinamos la esfera objetiva honestamente, no podemos menos de admitir que está constituida exclusivamente por datos sensibles a los cuales atribuimos una hipotética existencia independiente de nuestra percepción. De hecho, sólo conocemos nuestras percepciones o sensaciones bajo la forma de visión, audición, tacto, etc.… A esta sensación superponemos la idea de un objeto que, por medio de estos datos sensibles, se supone que nos proporciona la plenitud que, en último lugar, es el motivo profundo de nuestra búsqueda. En cuanto entendemos, como le decía antes, que dicho objeto no es nada más que una idea y no contiene lo que le pedimos, interviene una eliminación. La sensación que añadimos a la percepción desaparece por falta de

base. No somos nosotros los que la eliminamos, se elimina por sí misma. No tenemos que despegarnos de los objetos, se despegan de nosotros como una fruta madura cae de la rama.

Se puede coger o rechazar a los objetos: ¿qué diferencia existe entre estos dos procesos?

Los procedimientos son idénticos: rechazar o coger, es lo mismo; estas dos formas de actuar conducen a un nuevo conflicto. Existe un estado sin deseo, cuando ya no se intenta compensar, hay «satisfacción» y es un estado sin deseo.

No se trata en este caso de rechazar el objeto, sino de constatar que no contiene lo que usted busca. Si cree haber colocado en un sitio determinado algo que necesita, lo busca y se da cuenta de que no está allí. Vuelve a buscar de nuevo, tal vez dos o tres veces. Llega un momento en que ha buscado por todas partes y no ha encontrado nada. ¿Qué ocurre? El sitio es el que le deja como conteniente de lo que quiere encontrar, usted no deja el sitio. Del mismo modo, el objeto le deja.

Es un proceso totalmente orgánico. Si esta eliminación se ha cumplido totalmente, después de quitarlo todo, cuando no se ha omitido nada, sin ningún residuo, hemos vuelto a nosotros mismos, a lo que somos esencialmente; es un estado de soledad, de silencio en el cual despertamos. Este silencio, esta atención pura es —si puedo expresarme así— una atención a la atención, está exenta de cualquier concepto de duración, de volumen, de tiempo y espacio y, de hecho, este centro de la conciencia, este núcleo, este eje de gravedad de nuestro ser, alrededor del cual la personalidad se ha ido amarrando, contiene nuestra verdadera naturaleza que está más allá de cualquier condicionamiento. Es la única vía por la cual se la puede alcanzar.

Sólo de esta manera tenemos una oportunidad de regularizar nuestra naturaleza corporal, psíquica, mental. Si emprendemos otras tentativas de descondicionamiento por un acercamiento psicológico, nos quedamos en lucha con el problema por resolver. Sólo se ha producido un desplazamiento de las energías que estaban localizadas y fijadas en un punto dado; las transportamos a otro sitio pero esto no nos libera. Sólo el último regulador, la conciencia, la no-personalidad es capaz de liberar nuestra naturaleza biológica, afectiva, mental.

EL EGO NOS ESCLAVIZA

¿Qué sentido le da usted a estas palabras: la conciencia reguladora?

Vivimos generalmente en lo que podemos llamar la personalidad, el ego: estamos en un estado de elección constante, queremos lo agradable, evitamos lo desagradable, buscamos la simpatía, huimos de la antipatía. Se pudiera decir que toda la estructura que corresponde a nuestra personalidad está combinada en función de dicho ego. Este explota al cuerpo, al pensamiento y al psiquismo e interviene en su proceso natural. Empleamos sólo una parte de nuestras virtualidades, nuestra cerebralidad usa aproximadamente una tercera parte de nuestras capacidades.

Si constatamos este hecho, si, en el momento en que objetivamos este modo de ser, nos situamos espontáneamente fuera de él, recobramos la naturaleza de quien lo percibe, y podemos decir que a partir de ese momento ocupamos un estado impersonal que es la esencia de nuestra personalidad, la fuente de cualquier sentimiento profundo, el lugar de observación de cualquier experiencia pero que no se identifica con el cuerpo, la mente, el pensamiento. Nuestra personalidad se integra ahí, encuentra ahí su centro de gravedad. Así se puede decir que esta conciencia es reguladora; pero no lo es en un sentido activo, actúa por su sola presencia.

Desde esta no-personalidad, que también podemos llamar la posición de no-elección, la elección se hace espontáneamente, sin nuestra intervención. Esta posición es moral, ética, estética y funcional porque siempre está adecuada a una situación dada y no necesita reglas ni coacciones; sólo entonces es cuando el cuerpo y la mente encuentran su libertad, sus posibilidades ilimitadas. Pero la conciencia no interviene como un regulador activo sino que desempeña el papel por su mera presencia y no por un dinamismo orientado.

Entiendo, el punto de vista en el cual me sitúo habitualmente es el del ego; en él experimento el miedo, la inseguridad, un malestar: he seguido el proceso que usted propone y que desemboca en esta convicción de que la seguridad no se sitúa en un mundo de cosas —el mundo es esencialmente inseguridad— y ya que los objetos sólo son pensamientos, estos me abandonan en cuanto he reconocido su no-apropiación a esta sed de seguridad.

La inseguridad, igual que la seguridad, sólo son pensamientos, conceptos, ideas. La verdadera seguridad está por encima de la pareja seguridad/inseguridad y se experimenta en un silencio despierto.

Ha precisado que en lo que llama usted la posición de no-elección, estamos adecuados a cualquier situación, y que esto ocurre obligatoriamente. ¿Por qué?

La posición de la elección es fragmentaria. Cuando arranca usted desde un fragmento, de ello surge una acción fragmentaria que engendra un conflicto y un desequilibrio. La posición de la no-elección implica una disponibilidad total frente a lo actual: la acción resultante nace de la armonía implícita de la unidad de la vida que no implica ni contrario ni contradicción.

La posición de la última realidad es unidad. Nada existe fuera de esto. Entonces, trascendemos el triple tiempo: pasado, presente, futuro, la dualidad del bien y del mal, el quiero o no quiero, donde se está en un estado positivo o negativo. Es una situación libre de toda memoria, de entera inseguridad pero en la cual encontramos la plenitud constante. En aquel momento, si alguien le trae una muleta para proporcionarle una presunta seguridad, la inseguridad se crea; es como si hubiera encontrado un equilibrio perfecto para andar en una cuerda y que, de repente, alguien quisiera cogerle de la mano para sostenerle; esto le haría perder dicho equilibrio.

¿Debemos desinteresarnos de los conflictos sociales?

Estos conflictos resultan de nuestra visión imperfecta de las cosas. A partir de un desequilibrio sólo podemos provocar otros más en el mismo nivel. Los sociólogos y los economistas que creen poder corregir el desorden social actuando sobre la colectividad, se imaginan que la inseguridad que causa estragos es independiente del individuo considerado aisladamente cuando de él es de donde sale directamente. No podemos cambiar nada en nuestra sociedad, nosotros somos los que tenemos que cambiar.

Si dejamos el ego para colocarnos en la pura conciencia, ya no tenemos problemas; pero mientras ocupamos un punto de vista personal, causamos continuamente nuevos problemas; los desplazamos pero permanecen. El mundo en sí no tiene ningún proble-

ma, nosotros los creamos. Mientras un hombre considera que su cuerpo es él mismo, está sometido a sus glándulas, a sus secreciones internas, a lo que podría llamar su condicionamiento. Pero si se da cuenta que esto no tiene ninguna realidad, quiero decir ninguna existencia autónoma, que depende de quien lo percibe, constata que en el fondo no es nada más que un objeto. Entonces ocurre algo extraordinario: el hombre deja de ser el cómplice de toda esta herencia; será alineado y equilibrado según el punto de vista impersonal; su acción es desinteresada, conforme a todas las situaciones, a todos los condicionamientos, a todos los problemas; se produce una eclosión en la cual el cuerpo encuentra su propia cordura: la conciencia es el fuego de donde las chispas salen y se dispersan; nos identificamos con ellas por error, pero en este centro la dualidad está abolida.

En relación con esta clase de lucha, de combate para alcanzar la transpersonalidad, ¿qué puede usted decir de las técnicas de yoga y del empleo de algunos regímenes alimenticios?

Deriva de lo que hemos podido decir de esta experiencia, de ese foco de creatividad: la conciencia, que no se sitúa en un marco corporal, afectivo o mental. Me interrogo en diferentes momentos de mi vida y constato que voy de un objeto a otro, empujado por una profunda ansiedad, inseguridad, incertidumbre. Hemos visto que no podemos encontrar la seguridad en el objeto cuya naturaleza es mera sensación, en continua aparición y desaparición, que cambia de interés e incluso de significado según la edad o el estado de ánimo del momento. Si la experiencia que consideramos, trasciende este marco, ¿por qué quiere usted manipularlo, dilatarlo?

Ahora, para situarnos en el nivel de su pregunta, podemos, claro está, observar que un cuerpo sustentado desde la infancia con alimentos contra-indicados nos deja cargados de residuos y crea así una pesada opacidad, privándonos de cualquier transparencia, embotando la agudeza de nuestros sentidos y obscureciendo nuestro intelecto. No está desprovisto de interés someter entonces nuestro organismo a un proceso de eliminación para limpiarlo de sus toxinas dándole una alimentación apropiada. Todo el organismo reaccionará de un modo distinto y de esto resultarán indudablemente reacciones en el plano psíquico. Por lo tanto, lo que llama usted «algunas formas de yoga» pueden darnos conciencia de esta opacidad.

Las «âsanas» o posturas yóguicas pueden también atraer nuestra atención a esta pesadez de nuestro cuerpo; ¡qué espeso nos aparecerá, entonces, sin transparencia! Tam-

bién se le podrá limpiar afinando el soplo del cual se nutre. Todo esto es cierto, se lo concedo, pero a condición de que se haga con discernimiento. No debemos perder de vista la perspectiva no objetiva de la cual hemos hablado; gracias a estos ejercicios no encontrará lo que busca profundamente: como liberarse definitivamente de su ansiedad.

LA SENSACION CORPORAL

La sensación corporal me parece un medio excelente para hacerle más fácil este acercamiento. Trate usted de descubrir su cuerpo, de dejarle vivir por sí mismo y no gobernado por un yo sometido a la continua alternancia repulsión/atracción, agresión/defensa.

Primero, usted ha de comprender que no podemos perseguir una idea y, al mismo tiempo, dejar vivir una sensación corporal, no podemos aprender varias percepciones o conceptos simultáneamente.

Cuando dirigimos nuestra atención hacia nuestro cuerpo en el cual se alojan todas las agresiones, defensas, reacciones, dejemos que se imponga a nosotros esta sensación sin visualizarla en su forma, dejemos que emerja, que se abra. Podemos hacer constataciones muy variadas, por ejemplo, una falta de uniformidad, pienso en ciertas partes del cuerpo que son pesadas, en otras que son huecas, vacías, calientes o frías, comprimidas; todo esto es un residuo de las reacciones del yo. Se puede ver cuán difícil es captar la simultaneidad de los componentes del cuerpo: sentiremos sea la frente, sea el rostro, sea la espalda, sea la parte trasera de la cabeza, los riñones, las extremidades inferiores o superiores, una tras otra, pero, para obtener una sensación global, no debemos dirigir la atención.

Si experimenta algunas dificultades para lograr esta simultaneidad, deje su cuerpo hablar, tiene todavía en usted mismo una tensión por detectar, una tensión que debe eliminarse por sí misma. Para lograrlo, haga que su cuerpo abandone sus límites hasta que se dilate totalmente en el espacio. Cuando tenga conciencia de su corporalidad, extiéndase para poder disolverse sistemáticamente en su entorno. Notará cómo las distintas capas ceden, se abren.

Algunas partes van a oponer resistencia y lo notará usted. Si dividimos nuestro cuerpo en pensamiento, sentimiento y voluntad, se puede hablar efectivamente de tres pisos: la cabeza que es el elemento pensador, si así podemos hablar (claro está, pensamos con todo nuestro cuerpo, pero el pensamiento se aloja de modo predominante en la cabeza), mientras el sentimiento está en el tronco y la voluntad en las extremidades inferiores y superiores. Estas extremidades que son los elementos acción, voluntad, a las cuales pertenece también la mandíbula, están acostumbradas a coger, asir y por una observación muy aguda podemos darnos cuenta de ello y permitirlas que suelten. Para que todas estas partes vuelvan a encontrar su vida propia como cuerpo tiene usted que amar mucho a su cuerpo.

Cuando usted consigue esta sensación de vacío y se siente perfectamente extendido en la vacuidad que le rodea, esto es todavía un objeto de su atención que se ha «cultivado» es un soltar.

Ocurre que esta vacuidad se elimina también, que la atención dirigida hacia los objetos se traslada hacia la observación y que sólo permanece en una posición atenta. No estamos atentos a algo sino a nuestra atención. Entonces no queda nadie, ya no hay volumen, ni duración. Esta presencia a sí mismo es una vivencia y el «estar en ninguna parte» se le presentará durante el día, en sus diferentes actividades.

Ha hablado usted del cuerpo, de sus sensaciones, pero ¿se trata verdaderamente del cuerpo?

No, no se trata del cuerpo ya que no existe verdaderamente, ya que es un concepto. Podemos decir que el cuerpo tiene sensaciones y que podemos oírlo, verlo, sentirlo, pero ante todo, es un conjunto de sensaciones al cual hemos dado este nombre.

Elimine, pues, lo que llamamos el cuerpo y verá un objeto que tiene una paleta muy rica de densidad, de compresión, de pesadez, de ligereza, etc. Ocúpese sólo de esta cosa que se presenta a usted.

¿Oímos un sonido?

En el momento en que su cuerpo está en una vacuidad total, cuando ya no tiene captación, el escuchar no se localiza únicamente en el orificio del oído, sino que todo el espacio en el cual su corporalidad está extendida, se vuelve oído; entonces, nada es oído, ningún sujeto oye, sólo hay «oír».

¿Se manifiesta el acercamiento de la vacuidad por una percepción?

La vacuidad es una percepción, es una cosa percibida.

Tengo la impresión de que se acerca por momentos, especialmente aquí, y vuelve luego, pero siempre en un contexto muy particular.

Sí, el yo se rodea de elementos que le dan seguridad, de objetos que le permiten existir y especialmente el cuerpo; lo encontramos en el primer plano. Estamos acostumbrados a sentirlo siempre del mismo modo, pero es una superposición que hemos aceptado de una vez para siempre. La memoria no se sitúa únicamente en el cerebro, se extiende en toda la corporalidad, y esta memoria corporal, por una superactividad intelectual, resulta como paralizada, En el fondo, tenemos muy pocas percepciones reales, tales como audición, visión, sentido táctil, etc.…; en el ser humano, en general, no están desarrolladas porque intervenimos y las dirigimos. Tampoco dejamos nunca que las sensaciones fluyan libremente. Si permitiéramos que se desarrollasen, veríamos hasta que punto son ricas, pero resultan atrofiadas por la contracción difusa, por el ademán centrípeto que impide su desarrollo. En cambio, en un movimiento centrífugo, en dilatación, todos nuestros núcleos sensoriales se abren y las sensaciones se vuelven muy importantes.

Da la impresión de que la materia, las manos, los brazos vibran de una forma más sutil, distinta.

Sí, es incontestable que el que tiene la obligación de catar vinos tiene una sensibilidad de la lengua más agudizada que la del hombre que sólo bebe agua fresca, aunque, también, hay una paleta de sabores en el agua fresca. El que valora diferentes clases de telas: lana, seda, nylon, algodón, etc.… tiene el sentido táctil mucho más desarrollado.

Es cierto que el sentido del tacto es más fuerte en la mano que en las demás partes del cuerpo, pero esto se debe únicamente a que la usamos más; tenemos esta sensación táctil en todo el cuerpo.

Nuestro cerebro que está en perpetuo estado de prensión, como una esponja comprimida, se abre verdaderamente cuando la atención se dirige hacia la cabeza que se vuelve inmensa, vacua.

Son elementos que debemos poner a punto. Existen varios acercamientos para lograrlo, pero el proceso que le indico parece más realista porque sólo queda el objeto

sensación; el pensamiento ya no interviene, el cuerpo presenta tal interés, tal riqueza que somos subyugados. La verdadera concentración interviene cuando nadie se está concentrando.

Podemos tener una dificultad, un nudo muscular que surge en esta contemplación del cuerpo. Nos ha precisado antes que fijarse en esto era una trampa. ¿Cuál es la actitud correcta?

Cuando hayamos viajado en el cuerpo y tengamos de él la sensación global, ciertas partes van a ceder en seguida, van a volver a su estado natural, vacuo; otras van a resistir y permanecer cerradas porque la contracción muscular es un cierre. Pongamos el caso de una contracción en la región lumbar. Se nota a menudo al colocar el pie en el suelo; la resistencia que ofrece el suelo se siente como una defensa en esta región y se adopta luego, en cualquier postura. De usted libertad a la sensación táctil y deje que se expanda; esto es lo que se obtiene al abandonar la visualización, la imagen del cuerpo. Mantenga viva esta sensación hasta que su irradiación llegue a la región lumbar; en este momento la contracción se disolverá.

Usted me va a decir que intervenimos voluntariamente para liberarnos. Ponemos esta parte en referencia con otras que están totalmente dilatadas. Me explicaré: el mundo muscular del cual hablamos se sitúa en lo que nos rodea, por lo tanto no debemos insistir porque si dirigimos nuestra atención hacia este punto muy preciso, se agarrotará aún más. Debemos empezar por lo que es vacante; lentamente vamos a invadir el terreno de la contracción. De esta manera salvaremos varias etapas, luego nos encontraremos de nuevo delante de una resistencia; deje que evolucione esta vacuidad que se va a ensanchar. Atravesará el nudo pero encontrará de nuevo una resistencia… vuélvase hacia atrás varias veces, vuelva a empezar hasta que sienta, por fin, que ha desaparecido.

Intelectualmente, es lo mismo. Cuando no ha podido asimilar algo, no trate de querer entender; este acercamiento se hará por etapas, vuelva hacia atrás para captar mejor y la comprensión se instalará espontáneamente.

El mero escuchar desanuda sin duda el cierre que todavía no ha pasado sus límites, pero cuando la contracción no puede abrirse, es necesario proceder por referencia, empezando desde la parte sana. Practique esto, y muy rápidamente llegará a integrar el espasmo en la plenitud de la vacuidad.

Me parece que hay dos clases de tensiones: las que son locales o accidentales, causadas por el hecho de que hemos permanecido mucho tiempo en una misma postura, y los nudos profundos que reflejan el psiquismo; por ejemplo, el bloqueo de la respiración, del plexo solar. En este caso, no se puede empezar a partir de estas bases demasiado tensas; ¿es necesario considerar primero y curar el estado interior?

Empiece por la sensación corporal: desanude todo lo que hay que desanudar hasta que su cuerpo esté totalmente vacío, la noción periférica desaparecerá y se encajará usted en el espacio, el yo ya no existirá. Entonces, puede usted examinar la respiración. Primero es una expiración la que le permite llegar al soltar de un yo, y cuando la dejamos que se termine totalmente, surge un descanso que no es únicamente un descanso respiratorio; esta paz es el Uno Mismo. La inspiración que se presenta luego nunca debe ser voluntaria, sino mandada por el organismo para —de alguna manera— reafirmar la existencia.

Estos momentos se vivirán plenamente si usted ha preparado su cuerpo, en caso contrario, la ansiedad le impedirá desanudar su expiración.

Entre ustedes son muchos lo que se están preguntando: «¿por qué no tengo conciencia del Uno Mismo? ¿por qué permanezco todavía encerrado en el yo?». El temor a perder el yo es lo que crea la barrera.

La expiración es una extinción del yo. Si es cortada, si uno quema las etapas, no llega nunca a una expiración total, permanecen residuos; usted no quiere abandonar nada. La respiración se hará más fácil, casi natural, cuando haya experimentado la sensación corporal de vacío. Ya no respirará en una jaula cilíndrica, sino en un espacio no localizado. Me explicaré: consideremos el universo espacial como si tuviera una embocadura por la cual usted soplara; el soplo se extiende por todas partes. Del mismo modo, la respiración por capas (inferior, media, superior) ha desaparecido por completo. Entonces verá usted la angustia, el miedo, la afectividad, desvanecerse también, se sentirá libre, abierto; son las manifestaciones del yo objetivado, de un uno mismo individualizado que conocía usted. Este último se considera dueño de sus actos, de su volición cuando es él quien está sometido en sus propios actos a la ley de los complementarios, de los opuestos: amor/odio, rojo/verde, etc.… El actor está destinado a recoger los frutos de sus actos.

A decir verdad, si nos colocamos a menudo en el Ser impersonal, ya no chocaremos con estos antiguos obstáculos creados por sensaciones negativas.

¿Unicamente por la visión justa de la naturaleza de los objetos veré las cosas cambiar ante mí?

Sí, es la palabra que utilizamos, pero la no-personalidad se manifiesta independientemente de cualquier voluntad; le podemos dar el nombre de gracia. Este proceso de eliminación, este discernimiento, van siempre acompañados por la aparición de la gracia. Esta interviene independiente de nosotros y, si queremos cambiar, empleamos residuos del pasado, de nosotros mismos, pero no podemos lograrlo ya que el verdadero cambio es desconocido. Al querer modificar nuestro comportamiento, entramos en un círculo vicioso. Por efecto de la gracia lo desconocido se vuelve conocido; es el resultado de una comprensión profunda.

Para emplear una analogía, cuando toma usted el cinturón de su bata por una serpiente, está asustado, experimenta un terror inmenso y al escrutar la naturaleza de dicha serpiente es como verá en ella un mero cinturón. ¿Qué ocurre en aquel momento? Toda su angustia, todo su terror le deja, se muere por sí solo.

Cuando ha entendido bien y ya no conceptualiza, está usted en el silencio que es transformación. Es la solución del problema, el final de la dualidad.

La gracia está eternamente presente en nosotros, no necesitamos conseguirla, es.

II

LA RESPUESTA SILENCIOSA Y GENERAL

Desde los tiempos más remotos las enseñanzas iniciáticas en la vía del conocimiento se hacen bajo la forma de preguntas y respuestas. Una pregunta se formula siempre a nivel del yo, entidad independiente; para lo que se refiere al «silencio-plenitud», no hay preguntas. Partiendo del yo, nunca podemos encontrar solución, ya que este punto de vista es en sí mismo un conflicto y por lo tanto no puede eliminar otro conflicto. La pregunta sólo puede tener respuesta en un silencio vivenciado, si no, se queda en idea preconcebida, otro conflicto; si es correcta, si la dejamos desarrollarse, ya no tiene razón de ser y desaparece en una lucidez silenciosa.

El instructor puede actuar de dos maneras: sea por el silencio, sea por una contestación que —aunque verbal— toma la forma de otra pregunta más adecuada para el aspirante y que debe conducirle a la plenitud; la contestación, nos inmoviliza y deforma la visión de la dificultad, mientras que la que se presenta como una pregunta da al interrogador la libertad de llegar por sí mismo a la respuesta suprema y verdadera que es silencio.

Un problema viene siempre de un sentimiento de inseguridad y no se puede resolver a partir de un conflicto. Somos conscientes de una duda, la trascendemos, si no, no podríamos hablar de ella. El Ser trasciende esta duda; la conciencia, último sujeto, está más allá de la duda, no conoce el miedo. Cuando constatamos esto, las energías que han engendrado la inseguridad se disuelven por un proceso en sentido contrario dentro del conocedor y sólo entonces la seguridad, la paz se vivencian. El silencio es Ser, un silencio no objetivado, no dual.

El gurú le trae a usted una gama completa de acercamientos en vista al descubrimiento de la verdad, lo que da el sentido del discernimiento. No es un razonamiento como el que usamos generalmente cuando queremos captar la estructura de un objeto, son acercamientos que le permitirán liberarse de sus moldes, de los «clichés» que siem-

pre usa; en una palabra, el discernimiento va consumiendo sus funciones mentales, destinadas a la aparición y a la desaparición, y le deja por fin en la soledad. Es su verdadera naturaleza y no puede compartirla con otros ya que no los hay. La multiplicidad es una aparición meramente accidental; el miedo, el aburrimiento, la falta de sabor existen en la dualidad, un presunto yo. El suscita las actividades para sentirse satisfecho, en seguridad; va usted de una compensación a otra. Cuando ha reconocido la imagen ilusoria del yo, ya no lo vuelve a hacer y el Ser se revela, absolutamente no dual.

Cualquier prensión es un ademán crispado, cualquier búsqueda trata de compensar una carencia. Si esta carencia es sentida en profundidad, hace brotar en nosotros el sentimiento del derecho a la plenitud, al conocimiento; lo mismo que un niño que tiene derecho al amor de su madre, a la presencia protectora de su padre o, en su ausencia, a su medio ambiente. En medio de todos nuestros problemas, la cuestión central que se plantea es la de saber de qué forma podemos esperar alcanzar la alegría, la comprensión. Si, después de varias tentativas, no hemos conseguido esta plenitud permanente, en nosotros aparece una agresividad, reacciones de defensa y todas la anomalías que van con ellas. Esta lucha, esta agresividad, la mayoría de la gente, la sociedad, las consideran como normales. El hombre consecuente consigo mismo, el que no acepta dócilmente esta situación, reflexiona y, después de algunas investigaciones, se da cuenta de que lo que él considera como un derecho no es algo que esté por buscar ni por encontrar; él mismo es esto que busca: es el despertar. Luego surge una invitación frecuente a esta toma de conciencia; cuando, queriendo asir la realidad, entramos en los antiguos mecanismos y somos conscientes de ello, estos mecanismos se paran; así, ya no alimentamos la prensión, la búsqueda; las energías puestas en juego se disuelven en la lucidez del observador no comprometido, lo buscado se vuelve de repente la experiencia vivenciada y el que busca se descubre a sí mismo como siendo la suprema felicidad.

Los objetos, nuestro cuerpo, el mundo, no son nada más que nociones mentales de quien los percibe. La distinción entre el espíritu y la materia, entre el pensamiento y la percepción de algo tangible son ficciones. Cualquier denominación es impropia. La diferencia entre la vigilia y el soñar no es otra cosa que una diferencia entre una forma de pensar y otra. Considerados desde este enfoque, tales estados son ilusorios e idénticos. Cuando estamos despiertos, el sueño nos aparece como un producto de la mente y sin embargo, para el que soñaba, fue una realidad. Nada demuestra que nuestro presunto estado despierto no sea un mero sueño.

¿Cuál sería el acercamiento terapéutico adecuado hacia nuestros estados (ira, angustia), en vista a su extinción definitiva, para que no quede ni el menor residuo, sin posibilidad de una nueva formación?

Nuestros estados de ánimo, nuestras preocupaciones, angustia, ira, culpabilidad, no son unos estados fijos. Su modalidad nos prohibe comprenderlos de un modo estático o juzgarlos en función del bien o del mal; su aparición está ligada estrictamente a un yo mismo que es parte integral de ellos. Este yo mismo no debe nunca intervenir como regulador, no es un «dejar-correr», tampoco un «querer-cambiar», sino más sencillamente un «dejar-vivir» hasta el agotamiento, la disolución total en la lucidez silenciosa, el no-estado.

¿Cómo enfrentarse con el miedo?

Todo lo que es percepción es objeto. De la misma manera, el que experimenta el miedo es un objeto; el que conoce el miedo está fuera de él. El miedo es una percepción y no hay ningún temor cuando no se le nombra. Es un concepto, una idea, y sabemos que percepción y concepto no pueden coexistir. El miedo es experimentado por alguien que, claro está, es un objeto; no tiene existencia propia y sólo aparece en relación con una situación determinada.

Tomarse por un yo, por una entidad independiente, es una costumbre como otra cualquiera, la de querer distinguirse, desligarse de su entorno. El yo existe cuando está pensado, por lo tanto sólo es memoria; poco a poco se vuelve una fijación, una localización, es una rotura, un desequilibrio que sólo puede engendrar el desequilibrio, creando el miedo, la angustia. En este plano, el miedo y la angustia no se pueden disipar.

El yo se instala en una situación determinada: no tengo dinero, estoy sólo, estoy enfermo… Esta repetición suscita pensamientos que se gravan en nuestro cerebro, que son cíclicos.

El miedo invade el yo separado de su fuente. Vivimos en el temor de sufrir, el yo sólo es sufrimiento, pero cuando esta sensación no está conceptualizada, al no ser alimentada, se disipa. Esta sensación debe ser totalmente aceptada, totalmente objetivada, porque la volición bajo todas sus formas la alimenta y está condenada a apagarse en la presencia lúcida.

El comprender que la persona no tiene ninguna realidad surge directamente de nuestra naturaleza axial y esta no-percepción no pide esfuerzo; es instantánea, no discursiva, no mental. De ella resulta una presencia total o plenitud en donde el miedo ya no tiene lugar.

EL ARTE

La descripción que usted hace de nuestro mundo interior, psicológico, y de nuestra naturaleza me parece tener alguna relación con el universo de la creación artística. Antaño, había, creo, en Oriente una técnica basada en lo que acaba de decir. El artista divisaba de un golpe la obra que llevaba en él, luego, le daba una expresión exterior. Ahora, y en Occidente, parece ser que se hace hincapié en los objetos sensoriales, en la plástica del arte. Tengo la impresión de que Oriente sigue la misma dirección. ¿Qué puede usted decirnos a este respecto?

Debemos hacer una distinción entre lo que llamamos obra de arte y obra artística. La obra de arte surge siempre de un trasfondo. Una obra de arte, música, pintura, arquitectura, poesía, escultura, siempre es engendrada por el artista, captada en una perfecta simultaneidad. Después es elaborada en el tiempo y el espacio. Por ejemplo, «la Cena» de Leonardo de Vinci ha sido concebida incontestablemente en una intuición global. Lo mismo se puede decir de «El Arte de la fuga» de Bach y de algunas obras de Mozart. Un artesano digno de llevar este nombre no hace hincapié en la materia, en la superficie, ni siquiera en el sujeto. Pone el acento en la eliminación o la desobjetivación del objeto por una unión adecuada de sus componentes. Por lo tanto, como dice Tagore, el fin de una verdadera obra de arte es determinar lo indeterminable. Entonces también, el que escucha, el que ve, el que oye, no se demora en considerar la materia, la superficie, sino que se encuentra proyectado a un no-estado; experimenta efectivamente la alegría, la felicidad. Luego, se mira a la obra y se dice: es una pintura extraordinaria, pero, en el momento de la vivencia, el artista está en un estado perfectamente no dual. Por lo tanto es un vehículo, un agente que apunta hacia la última realidad. Concebida así, la obra de arte es verdaderamente creativa y pienso que podemos constatarlo tanto en Occidente como en Oriente. Ninguna de estas dos culturas tiene en exclusividad la propiedad de la sabiduría.

Estamos de acuerdo; tenemos magníficas iglesias románicas, maravillosas esculturas y pinturas. Pienso que si miramos así, podemos distinguir lo que es verdaderamente artístico y podemos experimentar lo que el mismo artista ha sentido en el momento en que lo creó: una emanación espontánea de su propia naturaleza, libre de cualquier elaboración sistemática.

Exacto; de esto quería hablarle por que pienso precisamente que las obras de arte distribuidas por todas partes pueden constituir un soporte para llegar a la realización.

Absolutamente cierto.

Sin embargo, es un medio que generalmente no se usa, sobre todo en Occidente; se considera el arte como un objeto de estudios o de placer, nada más.

Exacto; pero antes de invitar a todo el mundo a la contemplación de dichas obras de arte, primero hay que enseñar a la gente a mirar y a escuchar. Esto me parece extremadamente importante. No se trata de someternos pasivamente a lo que nos parece maravilloso, es necesario aprender primero a escuchar y a ver. ¡Qué difícil es escuchar! ¡Qué difícil es ver! ¡Es algo increíble! Es un arte en sí. ¿Qué es lo que se llama escuchar? ¿Qué es lo que se llama mirar? Cuando un hombre está totalmente disponible, vacío de todos los residuos del pasado y cuando entra en el juego de la forma, del color, de la sucesión de los sonidos y de los volúmenes, está impregnado por el presente. La verdadera creación es la que libera la unidad subyacente en la sensaciones, y en cierto momento, el hombre se encontrará en esta soledad, en esta no-dualidad. No es un proceso analítico sino una experiencia efectiva de esta soledad interior que tenemos tarde o temprano; y en realidad deberíamos conservar esta actitud continuamente. Pero, desgraciadamente, los que viven cerca de Notre-Dame en París, pasan al lado todos los días y apenas si miran. Conozco esto, lo he visto. En cambio, se puede decir que la persona creativa, cada vez experimenta una nueva conmoción y se vuelve hacia sí misma.

Esto exige sin embargo cierta sensibilidad, si no, esta persona no verá nunca la belleza de Notre-Dame.

Estoy totalmente de acuerdo, pero la sensibilidad es nuestra naturaleza virtual.

¿Cree usted que todo el mundo es sensible? ¿Estamos todos dotados de sensitividad?

El hombre lleva en sí mismo, virtualmente, la total posibilidad, pero no está actualizada. Esta actualización ha sido frenada por varios elementos del ambiente, los cuales nacen en el yo que presta ayuda a nuestras actividades de defensa.

En el plano de la sensorialidad pura, vista, oído, tacto etc.…, todas nuestras tendencias han sido orientadas hacia la utilización y la defensa personal o social. Hay, especialmente en los artistas, una sensibilidad que capta las relaciones, las resonancias, las posibilidades de la sensorialidad bruta. Esta sensitividad está destinada a tender a lo universal, por una actividad centrífuga. Pero esta actividad centrífuga está contrarrestada sin cesar por una tendencia centrípeta en las personas que quieren a toda costa afirmar su personalidad, su originalidad, que confunden con inspiración, y por un acto voluntario, dirigido, y por lo tanto, condicionado. Otros, más escasos, dan a su obra una atención que no es ni prensiva, ni centrípeta, y la emoción que se desarrolla en ellos no se refiere a ningún marco establecido, no deja introducir ningún esquema del pasado. Dicha emoción puede ser llamada creadora y total.

Cuando estoy maravillado por las manifestaciones de la naturaleza o por algunas obras de arte, tengo tendencia a querer buscar una mayor exaltación, y entonces, fracaso, ya no me encuentro.

Su deslumbramiento vivenciado no es otra cosa que una experiencia no dual y usted quiere hacerla perceptible en una relación sujeto-objeto. La destroza, la despedaza, hace de ella una caricatura. Cuando reconozca su error, entrará cada vez menos en este molde que le irá abandonando después definitivamente. Esto me recuerda lo que decía Goethe a Eckermann: «El punto más elevado que el hombre puede alcanzar es el asombro. Cuando un fenómeno nuevo suscita en él este asombro, debe estimarse satisfecho. Nada más grande le puede ser concedido, no debe buscar más allá. Allí está el límite. Pero en

general, el ver un fenómeno exaltante no basta aún a los hombres. Quieren algo más, son como los niños que después de mirar en un espejo, le dan la vuelta en seguida para ver lo que hay detrás».

III

FUERA DEL CIRCULO VICIOSO: EL ESTADO MEDITATIVO

Cada vez que el individuo se interpone como entidad independiente, un yo aparece; la ansiedad, la inseguridad se instalan e inevitablemente surgen deseos y agitación; el yo sólo puede aplazar, desplazar, disminuir la perturbación, pero no eliminarla. Sólo podemos pensar lo conocido y la intención nos deja en un círculo vicioso.

Experimentamos todos los instantes de plenitud, sin deseo, sin voluntad de llenar un vacío, sin la menor sensación de «carencia». Dentro de esta vivencia, la noción de un yo está ausente; sólo después el yo acapara este momento inefable, lo hace suyo, como un ladrón o un payaso que se atribuye el talento de la bailarina y las ovaciones del público. Es cierto que nuestra estructura psicosomática ha sido conmovida, pero no es el crisol en el cual se elabora la experiencia de la plenitud.

LA VIA DIRECTA

El origen del yo está en la conciencia unitiva, porque, de no ser así; ¿cómo sería posible presentir lo que no se conoce? El último deseo es el de ser el Ser y, como acabo de decírselo, en los momentos de alegría perfecta, de no-deseo, la noción de un yo —como la de cualquier otra cosa— no está presente. Al atribuir muy a menudo el motivo de esta alegría a un objeto fortalecemos cada vez más la convicción, en la cual nos complacemos, de que debemos adquirir este estado, poseerlo, cultivarlo.

Cuando la perspectiva de la verdad se nos muestra, cuando va naciendo el discernimiento, estas ideas inexactas desaparecen; se produce un soltar, ya que el que busca deja de orientar su deseo hacia lo exterior y de hecho no se puede encontrar nada. La noción

del yo se va muriendo, se diluye en su fuente. Esta felicidad vivenciada, no dual, no se fija en el tiempo; la mente sólo puede comprender lo que le es inherente, pero la verdad la trasciende y por lo tanto no puede ser vivida a este nivel, ni ser captada a nivel del lenguaje. Todo tiende entonces hacia la última serenidad. El bloqueo del pensamiento es lo que impide el despertar.

¿Cómo se pueden distinguir las dos atenciones que, según parece, existen?

Una de estas atenciones es funcional la mayoría de las veces, es atención a algo; estando animada por un dinamismo, siempre es interesada, tiene una meta, está explotada, si así podemos decirlo, y esto la encoge, la contrae. En cambio la otra atención es pura. Se vuelve pura cuando el objeto que suscitaba se ha diluido en ella misma, se transforma en su propio «escuchar», se despierta ella misma por sí misma. Estas dos atenciones no son fundamentalmente diferentes; la primera es una réplica, una reducción de la otra. Esta segunda atención se nos presenta cuando hemos descubierto que lo «buscado» hacia lo cual tendemos, lo «escuchado», es sencillamente el «escuchar».

Siento un gran equilibrio después de estas invitaciones espontáneas de la lucidez silenciosa. Digo espontáneas por que he seguido su consejo de no entregarme a ninguna sistematización o disciplina, pero tengo que constatar que, poco después, me encuentro de nuevo en el mismo estado que anteriormente, bastante atenuado, esto es verdad, con más distancia, pero sigo encadenado.

Objetive a lo vivo al que está encadenado, con el cual se ha identificado por ignorancia («avidyá»). Es perfectamente perceptible; déjele tiempo para presentarse ante usted con toda su amplitud, sobre todo no le obligue a ello, no le fuerce, déjele desarrollarse sin que usted quiera culpabilizarse, huir de él o modificarlo: entre usted y él se produce un desprendimiento, una sensación de espacio. Cuando esta sensación se impone a usted a menudo, tarde o temprano, el que está encadenado muere por falta de carburante, ya que era usted el que le hacía vivir alimentándolo al proyectarlo. Se muere en usted ya que es una parcela de usted, es usted, es lucidez silenciosa, su Ser. Séalo.

Ahora, le advierto una cosa. Este último equilibrio está vacío de percepciones, por lo tanto no es ni un pensamiento ni una sensación. Sabe usted plenamente, totalmente,

cuando se encuentra en esta vivencia, pero no como conoce usted una cosa; por lo tanto, no caigamos en la trampa de querer concebirlo como un objeto.

Desde hace varios años pertenezco a una escuela en la cual se practica el vacío. Esto me produce cierta paz, pero confieso que en la vida diaria estoy todavía preso de inquietudes y de conflictos.

Es un vacío fabricado que tiene un complemento en «lo lleno», es decir que es aún un concepto. Aparentemente, es estar presente a una ausencia de objeto, pero en realidad, es un espacio engendrado por el tiempo, la duración, y está continuamente alimentado por el deseo del vacío, por la motivación del proceso de atención. Sigue siendo el vacío visto como se ve una sábana blanca, sólo un estado en el cual se entra y del cual se sale, un estado sustituible por otro. Cualquier proceso que implica disciplina, sistema, cualquier proceso ascendente de sublimación por purificación es un impedimento, especialmente cuando se trata de la realización del vacío en el absoluto.

Lo que llamamos observación es una atención prensiva, dirigida, interesada, fragmentaria. Para llegar a esta delimitación impuesta a la percepción, gastamos inconscientemente una cantidad considerable de energía, como ocurre cuando queremos evocar un recuerdo que se nos escapa y que viene a nosotros en cuanto dejamos de crisparnos, de inmovilizarnos en este esfuerzo. Cuando la atención está orientada hacia el logro del vacío de objeto como le ocurre a usted, esta misma orientación obedece a una motivación que de hecho es un objeto, a pesar del nombre que usted le da. La atención llamada «receptiva» está todavía «dinamizada», en ella se esconde una espera no formulada y ésta representa un obstáculo.

Cuando uno se ha acostumbrado al dejar-venir, a la receptividad de la atención silenciosa, después de darse cuenta de que no hay nada que coger porque no hay nada que encontrar, ésta se encoge sobre sí misma, de alguna manera, y despierta a su verdadera substancia. Este encogerse se experimenta no como un sentimiento, claro está, sino como un despertar, como la dilatación de una inmensidad lúcida donde no hay ni centro ni periferia. No es estar presente a la ausencia de objetos, sino estar presente a la ausencia de la ausencia y es absoluto, total. En la vida diaria, los objetos aparentes: sensación, pensamiento, acción, surgen y desaparecen como una prolongación, una expresión de esta inmensidad lúcida, sin que ella resulte afectada en absoluto por todo esto.

¿Cómo debemos proceder para eliminar los antiguos esquemas?

En cuanto toma usted conciencia de un antiguo esquema, se coloca espontáneamente fuera de él: algo se para. Al principio, lo notará a menudo con retraso, luego, la toma de conciencia se moverá, y lo notará inmediatamente, es decir en el momento mismo en que surge, y esto hasta su completa eliminación.

La concentración mental en un pensamiento determinado, con exclusión de cualquier otro pensamiento, se designa en general con el nombre de meditación. Admitamos el empleo de esta palabra. La meta por alcanzar es la desaparición, también, de este pensamiento único para que permanezca sólo la conciencia sin pensamiento.

Es difícil aceptar esta clase de proceso; en efecto, una disciplina apunta siempre hacia una meta, hacia un resultado, ya lo hemos dicho muy a menudo; esto es como proyectar algo conocido actual para poder conocer algo desconocido. Al proceder de esta manera, lo desconocido no se volverá nunca lo conocido. La disciplina, la concentración son siempre un fijar la atención en algo excluyendo cualquier otra cosa y esto mismo impide que al final este pensamiento único ceda, se disuelva en la conciencia. La proyección de cualquier meta nace en un foco egótico interesado y conseguirlo nos deja en un mundo conceptual, de conflicto

La Conciencia es nuestra verdadera naturaleza, podemos estar sin sensaciones, sin pensamientos, pero nunca sin Conciencia. No se puede alcanzar la Conciencia como un objeto. Es estar presente vivenciando la ausencia de todas las cosas. La Conciencia parece desvanecerse cuando éstas aparecen, pero llega un momento en que es presencia constante, incluso con los objetos.

¿Parte toda meditación de un objeto?

Claro, si no, no sería necesario meditar: y, ¿acerca de qué se meditaría? La meditación se practica siempre con vista a un conocimiento y al establecimiento de un estado. La forma, la percepción, siempre es creación de un órgano de los sentidos y la idea, el concepto, viene a completarla. La conciencia, el trasfondo que la soporta, es la que permite su aparición; el discernimiento elimina el elemento fluctuante (percepción, concepto) del sujeto y lo reduce a su esencia con la cual somos uno.

¿Cómo puedo alcanzar el vacío?

Elimine los muebles y lo que quede es un vacío, pero, desgraciadamente, sólo una ausencia de muebles.

¿Puede el proceso del pensamiento discursivo, analítico, llevarnos a descubrir nuestra verdadera naturaleza tal como usted nos la describe?

La aproximación meditativa, creativa está en el lado opuesto del proceso discursivo, es decir por fragmentación, que tiende a reunir en orden de sucesión temporal o en jerarquía lógica. Todos estos fragmentos pertenecen al pasado, ningún elemento nuevo se añade. Son esquemas modificados, una especie de prestidigitación en la cual sólo hay cosas antiguas. Una modificación de estos temas puede dar la ilusión de una creación, como en un calidoscopio. La actividad de este proceso discursivo es alimentada por una energía cuya fuente está en una sed, una angustia, una necesidad profunda de seguridad; este pensamiento sustituye la observación del desarrollo de la vida de los conceptos, atajos que usa como soportes. En el plano emocional, es a fin de cuentas, un instrumento de defensa, estructurado por la apropiación utilitaria del mundo exterior que está adaptado a las actividades físicas, técnicas y científicas y elabora, articula, nuestras dificultades en un mundo cuantitativo y temporal.

Tratándose del conocimiento propio, si recurrimos a la razón discursiva, tropezamos implacablemente con una imposibilidad, nos encontramos cada vez delante del mismo problema, algo modificado. Este pensamiento, pues, no es el apropiado para resolver nuestra pregunta esencial, llegamos nuevamente a un «no sé» total.

En la aproximación meditativa, habiendo cesado cualquier proceso mental, concepto y volición, se puede llamar a este estado atención silenciosa, sin espera ni elección. Ya no actuamos sobre el problema, lo que sería volver a caer en el fraccionamiento, al revés, es el problema el que toma vida, se despierta, se desarrolla delante de nosotros, sus elementos van perdiendo su carga y se van disolviendo en su silencio vivenciado: conciencia suprema, unidad. De ahora en adelante el psiquismo está polarizado en el sujeto-Ser y todo está en armonía. El desarrollo del tiempo lineal está diluido en energía vertical, el ego, el buscador se ve como una seudo-entidad, se ha transformado en una forma vacía.

¿A qué corresponde en nosotros el estado meditativo o el estado permanente?

El estado meditativo, nuestra verdadera naturaleza, no es verdaderamente un estado, es una substancia, el soporte mismo de cualquier estado, desde donde nada se anticipa, nada se proyecta, donde no existe ninguna tensión hacia una meta, un resultado. Siendo toda presencia silenciosa, no es ni interior ni exterior, no está localizado físicamente o psíquicamente, está fuera del espacio y del tiempo, es Ser.

Durante la meditación, somos muy a menudo visitados por pensamientos de toda clase ¿cómo nos debemos comportar con ellos?

Los pensamientos parásitos, residuos de nuestro pasado, llegan sin que los hayamos solicitado. Hemos de dejarlos desarrollarse delante de nosotros y agotarse, sin complicidad ni represión. Cualquier intervención intencional no hace nada más que darles más consistencia. El «alguien» el que hace de juez es de la misma naturaleza, es parte de lo que queremos dominar. Si no intervenimos para nada, los pensamientos se agotan y terminan por disolverse en el silencio. Al fin y al cabo, ellos mismos no son otra cosa que silencio.

¿Cómo se puede llegar a lo que usted dice, a esta comprensión total?

La comprensión total es una visión instantánea, absolutamente fulgurante, se produce cuando los elementos de la no-comprensión se articulan, se extienden totalmente en la conciencia no implicada. No procedemos por acumulación en donde hay algo que apropiarse, como ocurre cuando queremos estudiar; esta manera luminosa de ver borra sola lo que antes era dificultad. La integración en el conocimiento real es un traslado de energías, un desbloqueo de los esquemas, de los moldes acostumbrados; abre así la perspectiva hacia el Uno, verdad última.

¿Qué es para usted la meditación?

Pregúntese primero que es lo que le empuja a meditar. No de un modo intelectual, sino observando lo que se le presenta, sin querer arrancar una respuesta. De esto resultará un malestar profundo que usted deseará eliminar. No estoy hablando de esas fluctuaciones periféricas que le mecen entre el llanto y la risa y que quisiera también aplanar. Este malestar es experimentado por alguien aislado, desligado de su origen. Este alguien busca vehementemente el formar parte de algo, el agarrarse, el asegurarse, el querer ser amado; pero el que quiere salir de este estado inconfortable, forma parte íntegra de él mismo. La comprensión total produce inmediatamente una supresión de cualquier intención, de cualquier volición. El recalcar los objetos, el malestar experimentado se va difuminando, sin intervención de nadie. Un vacío se produce en el silencio. En esto, sólo hay meditación, plenitud, amor. Desde el punto de vista de lo último, no podemos tener la intención de amar ni el deseo de ser amado.

Forma y nombre, percepción, afectividad, concepto, son creados por nuestra mente; representan nuestra «Ishtâmûrti»[1]. Como cualquier representación de un dios, la «Ishtâmûrti» tiene la misma característica que cualquier otro objeto y la significación que se le atribuye es sólo cerebral. Por ser creación inmediata de sus sentidos, es forma, percepción, y por su imaginación es idea, concepto, pero las dos dependen de una realidad permanente, que es su origen, su base.

Los sentidos y las facultades mentales, que son discontinuos, nunca podrán contribuir a la vivencia de una realidad permanente. Esta los trasciende. Para que un objeto pueda ser considerado como conductor, como apuntando hacia este equilibrio, es necesario llevar su análisis hasta su forma genérica, eliminando así su naturaleza cambiante para llegar a su esencia, realidad vívida, no objetiva, con la cual somos uno.

Para identificarse con la «ishtâmûrti» sería necesario que la forma y la idea se eliminasen para dejar aflorar su origen, su esencia. La mayoría de los aspirantes se encuentran entonces delante de una pared, un vacío de pensamiento, sin sabor, un objeto aún. Este en efecto está reducido a su forma genérica pero permanecen rastros de objetividad; su significación se vuelve un misterio para el espíritu de estos aspirantes, pues la mente no encuentra la solución por su propio esfuerzo. Entonces es cuando la presencia de un instructor instalado en la verdad parece imponerse para que ayude al aspirante cuando surge la experiencia no dual, fuera de la relación sujeto-objeto.

---

[1] Imagen divina que un hindú escoge como soporte de meditación. Lit. «forma preferida».

Lo que más me molesta, es el abismo que existe entre la intuición que puedo experimentar en la meditación y el olvido que surge en las actividades diarias. Llego a preguntarme para qué medito, ya que una hora después, lo he olvidado todo y me encuentro de nuevo sumergido en los objetos.

En la meditación, experimenta usted una mente totalmente vacía y la contempla; lo que percibe usted es una ausencia de actividad. Conoce usted este vacío, pero todavía no conoce al conocedor. Cuando usted sea, conscientemente, este conocedor, cuando sepa «ser», ya no se producirá ningún cambio, que la mente sea o no activa, y esta certeza, de ahora en adelante, será inquebrantable. En la meditación experimenta una vacuidad total, pero en cierto modo, es todavía un objeto; la ausencia de pensamientos lleva consigo la posibilidad de su presencia, lo que pasa es que experimenta una inmensa paz en la cual cualquier actividad está ausente. Un día, esta vacuidad, este vacío se va a disolver también y encontrará la tranquilidad pura.

Hasta ahora ha contemplado una mente apaciguada, por eso plantea usted esa pregunta, pero en cuanto canta un pájaro o habla alguien, pierde usted ese silencio. Por su naturaleza, la mente esta vacía de cuando en cuando, pero es un instrumento.

¿Cómo se puede pasar del estado de no-pensamiento al silencio real?

Podemos constatar que nuestro estado contemplativo contiene aún rostros volitivos y entramos en el juego de un modo o de otro, en lo que se presenta a nosotros objetivamente bajo la forma de pensamientos, emociones, sensaciones. También se eliminará este rastro de volición. Si creemos que somos actor, pensador, el cuerpo y el psiquismo fomentan energías que crean redes o estructuras que parecen reales. Por el hecho de saber que no somos esto, cuando meditamos, estos rastros desaparecen poco a poco y en un momento dado somos lo que verdaderamente somos, sin haber querido lograrlo, nuestra verdadera naturaleza se busca, pero no podemos asirla.

¿Qué hacer cuando sentimos una tensión hacia algo en la meditación?

Solo debe constatarlo. Esta tensión es el único obstáculo a su meditación. En un momento dado, tendrá usted una atención a nada —esto no tiene sentido cuando se habla de atención, ya que siempre se está atento a algo—, pero es una atención absolutamente no dirigida hacia un foco, es vacía, no está impregnada por la memoria.

IV

LA RESOLUCION DE TODAS LAS PREGUNTAS

Una pregunta planteada encuentra su respuesta total cuando está plenamente disuelta en la lucidez silenciosa. Si la respuesta se limita a un pensamiento, contiene los gérmenes de un nuevo problema. Una cosa es realmente conocida cuando es usted «uno» con ella, cuando está totalmente disuelta en la conciencia unitiva; entonces, pierde su carácter distinto, deja de estar separada de usted. Nunca la podemos captar en una relación sujeto-objeto; se consume cuando hay identidad con ella y sólo subsiste su esencia con la cual usted es uno.

El conocedor último conoce al conocedor relativo, al yo empírico que reflexiona, capta, habla. Se le puede comparar con la luz que permite hacer visibles los objetos. La lucidez, la conciencia son necesarias antes de que haya conocimiento de un objeto que es continuamente cambiante y como último conocedor, estoy necesariamente fuera de este cambio. Si se deja impregnar por esta verdad, si deja que se presente a usted, se despertará a lo que realmente es, lo que siempre ha sido y lo que será eternamente: toda presencia.

La realidad trasciende la triada: conocedor, conocimiento, conocido. El absoluto está más allá del sujeto-objeto, es su origen.

EL TESTIGO

La identificación con su cuerpo, con sus pensamientos, le encadena aparentemente. Es una constatación vivida, resulta que es usted el testigo, verdaderamente distanciado de su cuerpo. Si esto se vuelve realidad en su interior, tarde o temprano, la cosa atesti-

guada se disolverá igual que el testigo y sólo quedará la esencia, última felicidad, la conciencia unitiva.

Esta posición de testigo permite superar la identificación; él es quien observa la corriente de la experiencia y la memoria es quien la refleja. No haga esfuerzos para llegar a serlo, ya que lo es constantemente. Se liberará de los últimos rastros que le colocan en la posición del que actúa.

No puede tener dos pensamiento al mismo tiempo, sólo puede dirigir su atención hacía un sólo objeto, pero más adelante, comprenderá que éste estaba delante de usted, lo que justifica el testigo. El ego no ha estado presente, aunque lo pretende. Esta posición de testigo está considerada como una muleta para salir de la noción «soy el que actúa, el que sufre» pero por el hecho de que ha podido acordarse de un acto, se deduce que es usted la conciencia-testigo. Si esto penetra en usted profundamente, la energía que fija el hábito se vacía y el traslado se hace hacia el Ser.

EL PENSAMIENTO

Si nos sentimos como una personalidad independiente cosechamos el fruto de nuestras acciones, y nuestros pensamientos vacilan entre el bien y el mal, la felicidad y la desgracia. Los actos que surgen de la lucidez siempre son espontáneos, sin resultado esperado y libres de todo apego. La «Bhagavad-Gita» declara: «No soy el autor de mis actos y sin embargo las actividades se desarrollan». La pura conciencia es absolutamente impersonal; si está proyectada se vuelve personal, objeto, y estamos aparentemente atados, unidos a un mundo. Tomar conciencia de esto trae espontáneamente consigo la disolución del ego en la lucidez, el «vidente», nuestra verdadera naturaleza, lo que somos fundamentalmente.

La dualidad es una ficción; cuando actúa, cuando piensa, usted es uno, no hay ni dualidad, ni ego; sólo después de actuar es cuando el ego se apropia el acto o el pensamiento; en el mismo momento estamos sin ego.

Usted recomienda el proceso directo hacia lo Ultimo. ¿Cuál es su itinerario más corto?

El universo no tiene existencia si se excluye sus sensaciones: vista, oído, tacto, etc.…, no es más que un pensamiento nacido de la conciencia. Lo que surge de ella y

muere en ella no es, pues, nada más que ella; el mundo es una prolongación de esta conciencia. Si este proceso se desarrolla en una gran intimidad con usted mismo, si un pensamiento se pierde en el siguiente sin que usted sea el que provoca este desarrollo, el que lo ponga en movimiento, llegará al Ser que, claro está, no es una experiencia, en el sentido que damos generalmente a la palabra, ni tampoco un sentimiento.

Conocimiento es «ser conocimiento», conocimiento del Ser, identidad. Tenemos la impresión, de que el ego ha sido golpeado por la experiencia y, luego, se la apropia para hacerla objetiva, pero, en este caso, ya no estamos en la realidad, sólo captamos aspectos ya condicionados, estructurados por el pasado.

Un cuerpo, un mundo surgen por el pensamiento; cuando no es espontáneo tiene un carácter de inquietud, de insuficiencia. Tiene usted que detectar ese temor en usted para, luego, localizarlo. En presencia de una clarividencia absolutamente no prensiva, el ego se disuelve en esta lucidez, que es su principio, y usted verá con admiración que el miedo y su sujeto se han vuelto vacíos.

¿Cuál es la naturaleza de la voluntad?

La voluntad es un impulso que existe antes de cada actividad, es un despliegue de energías, un deseo. Para la conciencia última, no hay ni acción, ni no-acción.

Un espíritu creativo, totalmente disponible, está totalmente desprovisto de pensamiento, es una atención sin fin determinado donde la dualidad entre el sujeto y el objeto de la visión, se borra. Sólo queda «ver». En general, nuestra observación es por series, analítica, selectiva; opera por división, considerando el objeto separado de nosotros y así está bloqueada por un yo. No haga caso al pensamiento; sólo tiene que ver y escuchar. Olvide los incidentes del pasado, no los repita bajo ninguna forma; su recapitulación nos fija cada vez más en nuestro estado egótico y crea numerosos recuerdos. Ellos son los que forman en gran parte nuestros pensamientos parásitos, con los residuos de los que no han desaparecido totalmente.

¿Cuál es el papel del pensamiento en la búsqueda de la verdad?

Tomada por una entidad independiente se utiliza en la mayoría de los hombres como un instrumento de defensa y de agresión.

Pero, ¿no es sólo esto?

Sólo es un instrumento y su contenido es el pasado, la memoria. Pero este instrumento permite determinar sus propios límites y, finalmente, deja sitio al silencio, al Ser. Sale en el silencio y se pierde en el silencio; toda su misión es apuntar hacia su origen, el ser impensable.

El pensamiento está mandado por un yo, para reforzar su continuidad. ¿La noción de un yo está anclada en capas profundas?

El yo no es más que un pensamiento entre otros; sólo es el producto de la memoria. Considerándose distinto, se protege y reacciona en contra de todo lo que pudiera perjudicar su existencia, su continuidad; creándose así un escudo, sólo es agitaciones, angustias, actividades incoherentes.

Esto me parece muy claro, pero ¿con qué actitud podemos liberarnos de este fantasma y de su escudo?

Con una atención libre de cualquier referencia, de parámetros fisiológicos, psicológicos, libre de elección y de cualquier procedimiento repetitivo. Es la puerta abierta a una captación instantánea, absolutamente no mental. Consume lo que resulta falso por una visión- total, simultánea. Esta visión se hace cargo del traslado de la energía hacia el origen del error integrándolo en lo verdadero: Ser. El yo, para sobrevivir, a veces se agarra a las memorias acumuladas y a veces proyecta sus deseos en el porvenir. La apropiación, la elección, la elaboración se despliegan en un movimiento horizontal, en la duración, la corriente de las fuerzas volviendo constantemente sobre sí misma. Ser contemplador no implicado de este movimiento, de esta dispersión, de esta oscilación estéril entre el pasado y el porvenir, calma las energías que mantienen este esquema en

vida y despertamos por fin en la lucidez liberadora. Estas fuerzas convergen entonces en una verticalidad: el eterno ahora. La persona es el resultado que proviene de una mala interpretación. Los sentimientos, las emociones del yo desfilan continuamente delante del testigo-conciencia, creando la ilusión de una continuidad. La lucidez intemporal volatiliza esos temas surgidos del pasado que entran en acción antes de la formación del pensamiento.

Disuélvase en su silencio, tan a menudo como le sea necesario y ya no estará perseguido por la voluntad de ser esto o lo demás. Descubrirá en los acontecimientos de la vida lo que está inscrito para el cumplimiento del todo; allí nada es personal. Su constante utilización de una estrategia, su espera pasional provienen de la estructura ansiedad/deseo y le impiden realizar lo buscado que, además, no ha perdido. La agitación a nivel del pasado/futuro le impide vivir el ahora que es total plenitud. En el estado natural, el de su Ser, no hay ni recordado ni olvidado.

Los pensamientos, los sentimientos, van, como las olas, en un continuo vaivén con el cual usted se identifica y dice: mis pensamientos, mis sentimientos. El cuerpo es un conjunto de sensaciones más o menos estabilizadas, sólidas. La mente es un conjunto de pensamientos, pero todo esto funciona con relación a la realidad, porque usted está en ella, usted es pura conciencia. De todas maneras, usted está en estado de alerta y consciente de lo que se le presenta, pero tiene que estarlo conscientemente, saberlo, usted es el último conocedor de todas las cosas. Por una percepción directa es como se despertará a este vivenciado; este estado no se logra con una sucesión de análisis llevados lógicamente. Su «sí mismo» verdadero es el Ser. Dejar que esto venga es una meditación en la vida de cada día, hasta la plenitud. Se pueden observar diferencias entre los hombres, pero no separaciones; contrastes pero no oposición.

Cuando estamos en este ahora, ¿estamos siempre concentrados, somos siempre creativos?

La verdadera concentración está en la ausencia de un sujeto que se esté concentrando. El desarrollo del pensamiento se efectúa sin interrupción. Las virtualidades y su actualización se llevan a cabo según su naturaleza propia, pero no somos ellas; así las cosas seguirán su curso sin la intervención de alguien. Es usted creativo cuando no busca nada, cuando no hace nada; el universo opera en usted sin que sea necesario intervenir

intencionalmente. Entréguese totalmente con toda la inteligencia de su corazón a lo que se le presenta de un momento a otro, o, si lo prefiere, deje que se apague cada instante para acoger el siguiente.

Me parece que hay un pensamiento memoria y un pensamiento espontáneo.

El pensamiento intencional utiliza lo ya conocido, la memoria. El pensamiento espontáneo surge de la «toda-posibilidad».

¿Cómo pueden coexistir las dos memorias, el pensamiento intencional que provoca los conflictos y su defensa, y la memoria que pudiéramos llamar cósmica?

Una mente cargada por algo ya conocido está cerrada, resiste a la corriente que proviene del infinito. En cierto momento, la estructura de una memoria fabricada por el yo para su conservación, pierde su carga afectiva y se reintegra en el último equilibrio del cual era parte.

¿Está la memoria localizada exclusivamente en nuestro cerebro?

La sede de la memoria no está exclusivamente en nuestro cerebro; se extiende a todo el cuerpo. El pensamiento intencional es elaborado por el deseo. El cuerpo tiene su propio saber, pero la mayoría de las veces está paralizado por una sobre-actividad intelectual.

El saber y el no-saber son un pensamiento, el verdadero saber se vive y está vacío de pensamiento.

¿Puede usted explicarnos lo que la memoria es exactamente?

Para comprender la existencia de la memoria, debemos admitir que hay un testigo que retiene nuestras actividades, para que podamos recordarlas. Es un trasfondo, un «continuum» que apunta la discontinuidad pensamiento/acción y este testigo es inherente al Ser. Así podemos ver lo que es la memoria. Testimoniar es una función, un acto, y un acto es cambio. Esta actividad no es la de la mente que sólo puede tener una al mismo tiempo. El pensamiento se desarrolla a medida que va siendo necesario; del mismo modo, el pensamiento «yo» aparece también en el tiempo, antes y después del acto, pero no en el momento de la acción. El hecho de memorizar no puede ser el de la conciencia, porque ésta no ejerce ninguna función; siempre está allí, en la presencia o en la ausencia del pensamiento y no hay nada fuera de ella; todo aparece en ella, incluso la memoria, sin que resulte afectada. Por lo tanto, podemos decir que la memoria es sólo una idea que ha cruzado nuestra mente en el mismo momento: el presente, el pasado, el futuro se sitúan «ahora».

El pensamiento lateral implica una sucesión en el tiempo, es discursivo, analítico, y se basa estrictamente en lo ya conocido. Anticipa una meta. En cambio, el pensamiento vertical, si se puede emplear esta palabra, es el resultado de una constatación. Los elementos constatados son los que se sintetizan en una totalidad simultánea, como un relámpago, antes de su integración en la lucidez. Podríamos decir que son atraídos por el imán de gracia.

¿Qué papel desempeña la meditación en la eliminación de los residuos del pasado?

La verdadera meditación es la ausencia de un meditante, está absolutamente fuera de una relación sujeto-objeto. Al ser lucidez intemporal, ella sola tiene el poder de liberarnos del dominio de los automatismos: pensamiento, memoria. Por su presencia, es el regulador, el liberador —sin querer regularizar nada— de las energías que forman estos automatismos.

El pensamiento no selectivo produce una impresión desagradable. Se tiene la sensación de una regresión a un estado infantil.

Usted localiza el «yo soy», esta objetivación le da cierto paso, cierto dinamismo que le proporciona una aparente seguridad, una sensación de tener base. El pensamiento selectivo siempre tiende hacia algo, un resultado, una meta. En la no-localización de sí mismo, usted experimenta un vacío, como si le hubieran quitado un apoyo, lo mismo que le ocurriría a una persona que se hubiera saltado varias comidas y hubiera dejado de sentir la sensación habitual de volumen; lamentaría su ausencia, no habría tomado conciencia, todavía, de las delicias que da un estómago vacío. Una mente no poblada ya no es una mente, es el Ser, paz y alegría. Lo que usted es fundamentalmente sólo lo puede encontrar en el amanecer de la lucidez silenciosa, absolutamente no dual.

En cuanto un yo mismo interviene, usted está entre los demonios. La realidad es obstruida por la presencia del mundo, en el estado de vigilia y de sueño, y por su ausencia en el dormir profundo. La presencia y la ausencia se deben disolver para que el trasfondo se vuelva experiencia vivenciada.

La atención silenciosa es una contemplación de las cosas sin reflexión, sin limitación, causada por un escuchar disminuido, sin fin particular. En esta observación no prensiva, la dualidad sujeto-objeto se borra y sólo queda la lucidez. La acumulación de las ideas nos da el sentimiento del yo, no nos sentimos nunca sin percepción. Usted, como pintor, comprenderá fácilmente un ejemplo que permite ver esto con claridad: si empieza a esbozar su dibujo con elementos lineales, los contornos, es inerte, es un cuerpo sin vida propia, como la memoria. En cambio, si empieza por el elemento masa, color, las masas son las que empujan, precisan lentamente sus límites y sus contornos, su dibujo tiene vida, es creativo. Este ejemplo ilustra la diferencia entre el pensamiento discursivo, selectivo y el pensamiento espontáneo, no elaborado por un yo.

Si el pensamiento instantáneo es intemporal, brota en el momento en que el espíritu está vacío de cualquier noción u oposición. ¿Dónde está situado en relación con la iluminación?

La expresión pensamiento intemporal puede dar lugar a un contra-sentido, porque cualquier pensamiento es un mecanismo de defensa que se desarrolla en el tiempo. Empleamos esta palabra por no tener otra mejor. Tal vez percepción interna sea más justo. Esta percepción instantánea ocupa, en una perfecta simultaneidad, todas las direcciones del espacio, como un relámpago, y la pregunta que la precedió, decantada por el instructor, pierde su esqueleto, su substancia, se integra y nos hace entrever claramente la perspectiva de la verdad. El pensamiento condicionado deja rastros en nosotros, el pensa-

miento que es espontáneo, no elaborado por un «ego», prepara nuestro terreno, lo armoniza y ya no lo encontramos tal como era antes. Podemos decir que la visión de la perspectiva precede la iluminación.

¿Cómo pudiera estimular en mí el pensamiento espontáneo, no condicionado?

Deje que vivan a menudo en usted los modos de acercamiento que le han enseñado, sin querer perseguir una meta, sin querer arrancar de ellos una conclusión. Inevitablemente, tarde o temprano, esto se confirmará. El discernimiento es el fuego que aniquila el error.

Pero sin embargo, el lenguaje tiene sus limitaciones

Claro que sí, el lenguaje tiene sus limitaciones, pero la presencia del que enseña, instalado en la verdad, las compensa y tiene el poder, en el momento favorable, de devolver el discípulo a él mismo, a lo que es.

El sujeto relativo no es independiente, el sujeto conocedor depende de la última realidad que es su origen: la sensación de una falta o su ausencia es mental, la realidad está más allá, es la única plenitud vivenciada. El vacío es, todavía un objeto y depende del conocedor: nos encontramos entonces en la relación sujeto-objeto. Esta ausencia, este vacío impide la plenitud vivenciada. La mente es una función engendrada, alimentada por el deseo de ser uno mismo. Cuando el intelecto, utilizado para la búsqueda del último equilibrio se ha agotado, cuando se le reconoce como no teniendo ningún poder, cualquier actividad queda suspendida, disuelta en el Ser, silencio absoluto.

Para encontrar al otro, primero tenemos que encontrarnos a nosotros mismos, vivir en nuestra verdadera naturaleza, alegría despierta que ha eliminado todas las agresividades y defensas en una perfecta aceptación. En el silencio vivenciado, ya no se puede hablar de separatividad, o del otro, nos encontramos en él. El otro implica obligatoriamente un yo mismo. Mientras hay un yo mismo, el otro aparece. La ausencia de los dos, es lo único que revela la unidad, la felicidad.

Disciplinar lo no-permanente con vistas al despertar, es una falta de clara visión, pertenece a la aparición/desaparición, pero nuestra naturaleza real es permanente y no puede ser alcanzada por ejercicios que se aplican a lo que no lo es. Estos ejercicios se

pueden tomar en consideración hasta conocer la perspectiva espiritual. Una vez captada la dirección, cualquier ejercicio, cualquier purificación, etc.…son una dispersión de energías y forman una barrera. Nuestra verdadera naturaleza es Ser, más allá de los cambios a los cuales dichas disciplinas pueden únicamente encaminarse; entonces, ¿por qué recurrir a ellas? En cuanto está usted orientado hacia su eje, la armonización prosigue naturalmente, el cuerpo vuelve a encontrar su propia ley, si no, sería únicamente la sustitución de un condicionamiento por otro.

Somos los que precede el pensamiento y lo que le sigue, lo que le da su soporte, somos la página blanca en la cual se inscriben las impresiones. Desatar nuestros pensamientos y contar con ellos para descubrir la verdad es lo contrario de lo que debemos hacer, si todavía hay algo que hacer.

La alegría, la seguridad, el sentido de la libertad, fluyen de lo que somos fundamentalmente, del «soy pura conciencia». El conocimiento no es una función; cuando ya no hay nada, entonces únicamente es cuando podemos decir: sé, soy. La realidad existe en el momento en que el acto está disuelto en «ser conocimiento». Quien está instalado en el «soy» no conceptual ya no trata de experimentarlo objetivamente, es lo que mejor se percibe, y, para hablar con exactitud, es la única cosa que se puede vivir.

El ego es el nudo de la dualidad, una combinación aparente de el mismo y del otro. La identificación con los sentidos y la mente nos ata a las ideas, a los conceptos. Hay que hacer hincapié en el sujeto que percibe, el último sujeto, la conciencia.

La no-distinción es nuestra verdadera naturaleza, pero, pedagógicamente, en un primer acercamiento a la verdad, la distinción debe ser apuntada de lleno. Cuando la naturaleza de los elementos distintos está bien reconocida, bien penetrada, sólo entonces es cuando se funde en la no-distinción, la plenitud de una experiencia vivenciada, la única con existencia.

La perspectiva espiritual trae consigo armoniosamente el traslado del dinamismo de la mente, de la volición hacia su centro axial. El pensamiento nos aleja sin cesar de esta perspectiva. Rechaza el proceso contrario en el cual lo buscado se revela idéntico a lo encontrado, en el cual se disuelve en él. Cuando nos deja como una hoja muerta deja la rama, la atención no orientada es invadida por la gracia, llega a ser el despertar vivenciado. Todos tenemos momentos en los cuales, de un modo inesperado, sentimos una inmensa felicidad sin que haya una causa aparente para ello. El paso del estado de sueño profundo al estado de vigilia puede ser uno de estos momentos privilegiados.

V

MAS ALLA DE LOS ESTADOS

En el estado no dual, que, si hablamos con exactitud, no es un estado, ya no existe ni sujeto que percibe, ni objeto percibido; en él la creatividad se despliega sin impedimentos. Se entra en un estado y se sale de él; esto presupone pues un no-estado como trasfondo común y soporte de todas las situaciones particulares. La falta de lucidez nos hace creer que la felicidad que conocemos en este transfondo es el efecto de un proceso y le atribuimos una causa que situamos fuera de nosotros. Una percepción instantánea, una visión justa disuelve todos los temas productores de sensaciones mentales y hace que el no-estado aparezca como sin motivo, con existencia por sí mismo y en sí. El buscador, como buscador, se volatiliza, sólo sobrevive lo que era el origen de su búsqueda, lo buscado, lo encontrado, acontecimiento que podemos designar con la palabra iluminación.

Lo escuchado encuentra su total plenitud y su disolución en un escuchar no dirigido, no orientado; es el último saber, un saber vivenciado. Todo lo que se presenta a este escuchar tiende hacia la realidad, no-conocible en el plano conceptual, pero bien conocida por cada uno de nosotros, por ejemplo en la admiración o en el asombro.

El motivo verdadero de nuestra existencia es ser, única perspectiva que contiene una promesa de alegría, de libertad, de paz. Muchos procesos tienden hacia ello y uno va mejor que otro a nuestro temperamento, pero la vía adoptada debe apuntar hacia esta vivencia real; no debemos perder de vista que la última felicidad no es una experiencia mental, ni psíquica.

El proceso por medio del intelecto más sutil, más abierto termina por revelarse como impotente, sin salida, dando vueltas en lo conocido que es siempre igual. La reflexión interior en busca de la verdad no es un proceso dialéctico sino una toma de conciencia efectiva. Lo que es vivido así está más allá de cualquier representación, colores, formas, sensaciones, duración, no tiene ningún contenido conceptual, corresponde a lo que somos en el no-tiempo y se revela como eternidad en una percepción trascendente.

La esencia del hombre escapa a las calificaciones que le atribuyen los que le rodean: en cuanto el ser humano deja de identificarse con la definición de ese medio ambiente, se descubre único y libre. La libertad total, vivenciada, está exenta de todo concepto, tal como la imagen de un yo, porque es trascendente. La creación de esta imagen es, como

cualquier otro objeto, una formación suscitada por factores accidentales y depende de un sujeto último e inmutable: la pura conciencia. La privación de libertad es experimentada únicamente por un yo imaginario, en su ausencia semejante falta no se puede instalar, entonces el mismo pensamiento está libre de las rutinas de la experiencia sensorio-motriz.

La atención silenciosa contiene más de lo conocido, es el soporte de lo conocido y está más allá. La investigación acerca del «¿Quién soy yo?» siempre es motivada por un desequilibrio, una ruptura, y esta indagación encuentra su última aclaración por la integración en el «Yo soy», indecible, inefable, impensable.

Esta experiencia es instantánea pero el acercarse a ella se puede hacer por etapas sucesivas; en tal caso las energías van, poco a poco, canalizadas en esta dirección. Cada desbloqueo lleva consigo una mayor lucidez, una desnudez y encauza hacia lo que está vivido como perfecto equilibrio, sin espera, sin la menor tensión para alcanzar algo.

¿Para quién es el mundo un problema, para quién existen el placer, el dolor, lo deseable, lo indeseable? Para el yo que no es más que un artificio social, una ficción. En el momento en que esto se vive claramente, esta entidad fantasmal y su problema se volatilizan.

El ego desea dirigir cosas y circunstancias al compás de sus fantasías pero su existencia no es más que una sombra que necesita un cuerpo que le dé vida. Una visión justa le quita sucesivamente todas las características que se había atribuido impropiamente y se disuelve en su esencia que es presencia y lucidez.

Mientras estamos escuchando al instructor que expone la perspectiva espiritual, todo parece fácil, pero, luego, es como si hubiéramos perdido nuestro centro verdadero. ¿Cómo debemos entender esto?

Al escuchar exponer la verdad, nuestro escuchar es pura receptividad, se impregna de lo propuesto dejándolo tomar cuerpo y vida dentro de nosotros. Más adelante, las antiguas rutinas que han sido rotas pueden volver a aparecer en la vida diaria. Tiene que objetivarlas, así se podrá usted situar fuera de su campo de acción. Su actitud de no-complicidad con ellas las hará desaparecer y esto le colocará de nuevo en la posición axial que vivenció en presencia de su maestro espiritual. Este acercarse, esta muleta le abandonará poco a poco a medida que la experiencia se haga más frecuente.

El lenguaje, la palabra no pueden expresar lo inconcebible. La palabra está al servicio de un empirismo egocéntrico y encuentra su soporte en la conciencia de la cual

emana y a la cual vuelve. El yo tiene su fundamento en el «yo soy el cuerpo»: una imagen cerebral.

El pensamiento espontáneo se libra de sus contrarios no dejando «sanskáras», ningún residuo. Lo que domina los contrarios hermoso/feo, bien/mal, es la conciencia unitiva que sólo se puede captar en la vivencia y no puede ser comprendida por la mente, por estar más allá de todo concepto.

No conocemos nada de una cosa, sólo conocemos su apariencia. Para conocerla a ella misma, debemos ir más allá de lo que es forma y nombre. Su realidad aparece y es vivida sólo en identidad, conocimiento sin objeto, «existencia, conciencia, beatitud», «sat, chit, ânanda». Cuando el nombre y la forma se eliminan, estos términos desaparecen a su vez como conceptos y nos dejan en la soledad. Toda apariencia no es más que ficción.

He vivido momentos en los cuales no experimento ninguna carencia, disfrutando de una extrema satisfacción y libre, tal como lo dice usted, de esperar o de querer alcanzar algo. Excepto en estos escasos momentos, a menudo me siento apático. ¿Por qué estos dos estados y cómo distinguirlos?

¿Cuál es el «yo» plenitud? Con seguridad no es una imagen proyectada: el ego está a veces apagado y busca continuamente el placer procurando evitar su opuesto, la pena, oposición desde luego inseparable de la alegría; esto es imposible; placer y apatía son cara y cruz de una misma moneda. Los momentos de que habla usted son conocidos en identidad y no en una relación sujeto-objeto: soy feliz, estoy alegre. La felicidad permanente, nuestra verdadera naturaleza, no puede ser una representación, una imagen; es una experiencia vivida sin que haya alguien que experimente ni algo experimentado. Esta única realidad es espiritual, cualquier otro estado causado por la droga u otra cosa, incluso el «samádhi», alabado tan a menudo, es un estado fenoménico y lleva rastros de objetividad.

Cada vez que se vuelva a encontrar en los moldes habituales, en el plano corporal, psíquico, sintiéndose como aspirado, absorbido por un estado apático, depresivo, objetívelo a partir del cuerpo, el yo triste se volatilizará, dejando sitio a una presencia radiante que ella sola subsistirá. Para establecerse en la felicidad, cualquier proyección es una compensación preparada por un yo personalizado, extraviado lejos de su manantial.

¿Qué me aconseja usted para vivir la experiencia?

Si un recuerdo por el pensamiento de su naturaleza axial se reproduce muy a menudo, puede usted decir que está en la perspectiva de la verdad. Se sucederán períodos en los cuales la alegría le invadirá sin causa, sin estímulo, lo impersonal crecerá en usted y sus valores se irán modificando, integrando la totalidad; el fluir ininterrumpido del pensamiento se apagará entonces y dejará que sobreviva únicamente el «yo sé». A usted sólo le quedará instalarse definitivamente en esta experiencia.

Si la noción de un ego aparece, no debe huir ni luchar. El mismo no se puede cambiar, violento o no violento permanece un ego. Evite usted huir, compensar o superponer. Colocados en una posición incómoda, podemos objetivarlo. Se crea un observador y una cosa observada. Finalmente, lo que es observado ya no se puede mantener, ya no está alimentado y, un día, se disuelve en la observación. Sólo subsiste el observador, su naturaleza es plenitud no dual, pierde en aquel momento su carácter funcional y se revela conciencia pura.

Esta conciencia, está presente en cada instante: cuando estamos pensando, cuando estamos experimentando sensaciones, sentimientos, pero no es afectada por todas estas actividades que también están ausentes en el sueño profundo donde sólo permanece la conciencia pura. Así está en todas las acciones, sin que haya alguien que actúe, sólo hay acción, pero la idea de que somos el actor volitivo, absolutamente indispensable, está anclada en nosotros. Finalmente, un examen en profundidad nos demuestra que somos únicamente pura conciencia. Es usted la verdad, no puede no serlo. En un acercarse directo, los obstáculos desaparecen, también el sentido de la separatividad, por una visión justa de la perspectiva y, cuando están disueltos, el «yo vivenciado» adquiere una realidad constante. Usted es el Ser, él sólo es.

¿Debemos tratar de perfeccionarnos?

¿Qué es lo que quiere perfeccionar? Es usted la perfección; vea sus imperfecciones y lo que resulte de ello es su perfección. Pertenece a la naturaleza de lo falso el disiparse cuando se le ve como tal. Usted se identifica con su cuerpo y con su psiquismo y, en este nivel, desea progresar, lo que es una imposibilidad. Estos instrumentos le dominarán mientras crea en ellos.

El día en que ya no piense que son usted, la energía que alimenta este error se orientará diferentemente. Deje que estos elementos funcionen libremente, sin sentirse limitados por ellos. Unicamente, note sus propios defectos, esta atención se encargará de ellos; su cuerpo, su psiquismo son fragmentos desequilibrados de lo que es usted; lo que es imperfecto sólo puede engendrar imperfección. Esta constatación nos invita a una aceptación global, total. Entonces, cada cosa se percibe en esta totalidad, apareciendo y desapareciendo en ella; de ella saca su realidad y en ella alcanza su equilibrio. Esta posición liberada del pasado es la única que permite ser articulado a lo que se nos presenta, sin intervención del yo, de una persona, sin la injerencia deformadora de la memoria. En esta unidad fundamental es donde descubrimos que somos por esencia plenitud, alegría última, perfección.

¿Qué comportamiento debemos adoptar para conocer esta libertad?

Entrenarse está a menudo unido a una meta, a un resultado, es un obstáculo inmenso. Ante todo, sea consciente de su manía de querer ser esto o lo demás. No hay nada que alcanzar ya que lo que está buscando está aquí y siempre ha estado aquí. Su mente, libre entonces de toda volición se apaciguará y el cambio de eje de gravedad se desplazará del objeto hacia el último sujeto, su Ser que está usted presintiendo. Estar alerta, atento, no preocupado por un devenir es algo «instantáneo». Así el tiempo ha muerto, ya no hay espera. En la ausencia del nombre y de la forma, ¿dónde están el miedo, la inseguridad? La no proyección es plenitud y alegría.

La noción de una persona, de una entidad separada aparece causada por la identificación con el cuerpo. A este nivel, la relación humana se hace de objeto a objeto y sólo produce conflictos, sufrimiento y servidumbre. La persona es un objeto percibido y, como tal, depende del que percibe; el último nunca puede ser objetivado ya que él es el que percibe.

Liberarse de lo que está percibido es el primer paso hacia la experiencia vivenciada y esto se consigue con una actitud de aceptación y de constatación, que le desprende espontáneamente de toda oposición, de todo rechazo.

Si desea usted ayudar a los demás, primero esté usted libre de toda necesidad de ayuda. Cuando usted sabe esto profundamente, da a los que le rodean el mayor auxilio posible. En el descanso es donde se cumple toda acción. Usted no es el autor de sus actos, es la clarividencia en la acción. Cualquier acto viciado con una reserva mental per-

sonal es madera de afectividad y finalmente no es más que un deseo de coger. Ayudar es amar, es su verdadera naturaleza, donde sólo hay el dar.

LA PERCEPCION

La percepción sólo es un pensamiento como otro cualquiera. ¿Por qué estamos trabajando tanto con ella?

La percepción corporal parece atrofiada en la mayoría de los seres humanos, por causa de una intelectualidad demasiado estimulada. Una defensa, agresiones situadas profundamente dentro de nuestra estructura muscular, contribuyen a esta atrofia y para liberarnos de estas crispaciones debemos recurrir al despertar de las sensaciones. Es lo que hacemos en los «âsanas». Por este medio, el músculo y toda nuestra corporalidad se liberan espontáneamente. Si empezáramos por el mismo músculo no podríamos llegar a esta relajación que experimentamos trabajando el oído, el olfato, la sensación táctil, etc.…

La noción de ser una persona no reside en la sensación pura que puede desarrollarse totalmente ya que un yo que juzga y que condena no se apoderó de ella. En este caso, ningún sujeto se está interponiendo.

Lo percibido está más cerca de la realidad que el concepto y por lo tanto tiene mayor autenticidad; da a la sensación la oportunidad de vivir realmente, como cuando se pellizca una cuerda en un instrumento de música; la vibración está captada por la caja de resonancia, luego interviene otra caja de resonancia espacial y otras vibraciones se ponen en movimiento.

En la vida de cada día, la percepción de la sensación tiene muy pocas veces la ocasión de percutir en nosotros; está interrumpida tan rápidamente por un yo que cualifica, que nos parece inmediata, no la dejamos desarrollarse.

¿Es posible pasar de la percepción al estado no-dual?

La percepción pura es no-dual, es una con la conciencia en la cual aparece.

¿Cómo se vuelve uno consciente del intervalo entre dos percepciones?

En la percepción pura que aparece en un algo que le contiene, que podemos llamar la conciencia, «el conteniente» y el contenido son idénticos. El que conoce el «conteniente», con otras palabras, el que se «sabe» como conciencia y no como psiquismo, sabe «que es» durante la percepción. Cuando termina la percepción, o entre dos pensamientos, sabe también «que es» pero con una ausencia de sensación.

El transfondo se puede comparar a la hoja blanca en la cual dibujamos: se van formando líneas, pero la hoja blanca sigue existiendo continuamente. El dibujo está superpuesto a la blancura que permanece ahí. La sensación es una superposición, pero el que «no sabe que es» distingue únicamente los trazos que están separados por una discontinuidad; no ve la hoja blanca.

«Saber que uno es», ¿no es también una percepción? ¿Podemos tener dos percepciones al mismo tiempo?

Es imposible.

¿Pero no es el caso cuando uno «sabe que es»?

La percepción necesita una conciencia para ser experimentada; sin conciencia no habría percepción, pero la conciencia no necesita un agente para saber que es. ¿Me expreso con claridad?

El «conteniente» no es el contenido. ¿Le es útil un testigo para ser reconocido como tal?

No, la conciencia no utiliza intermediarios para ser; si hubiera otro más, esto seguiría hasta el infinito…

¿Tenemos muy pocas percepciones puras?

Muy pocas, en efecto, considerando la intervención de una clase de memoria de la percepción. Cuando la percepción es pura, no hay memoria. Por ejemplo, puedo dirigir mi atención hacia mis bíceps o mi deltoides y sentirlos, esto no significa obligatoriamente que los siento efectivamente, es una sensación que superpongo recurriendo a una memoria orgánica. Si al revés, les dejo toda libertad, si me abstengo de cualquier orden, se despiertan y el estado de origen de la sensación se alcanza.

¿Este «saber que uno es», por lo tanto, es parecido a la lúcida presencia o a la escucha perfecta?

Sí claro, la aceptación, la constatación, son parte de esta globalidad, de esta totalidad, de esta conciencia, de este «conteniente» si así lo prefiere. En esta postura —no encuentro otra palabra más que aceptación y constatación— la memoria no interviene. Rozamos a veces este estado en la meditación; incidentalmente, somos plenamente este silencio.

Siento, a veces, que la respiración me molesta durante la meditación. Es algo sólido que me gustaría parar.

No debe desear para la respiración y tampoco debe querer respirar. Dirija sencillamente su escucha hacia lo que se presenta a ella: varios sonidos se van a presentar, un niño que canta, un coche que pasa, un pájaro en un árbol, pero no trate de coger estos sonidos, no los manipule. No dará curso, pues, a lo que se presenta a su escuchar; la energía que se apodera del ruido seguirá un proceso hacia atrás y descubrirá usted el escuchar puro.

Quizá pueda también explicarlo de otra forma: un sonido oído es producido por vibraciones que necesitan una caja de resonancia para hacerse audibles y el sonido está presente tanto tiempo como actúa la energía que le dirige; en cuanto esta energía disminuye, nuestro escuchar sigue igual pero no está implicado, y en el momento en que el

sonido muere totalmente, lo que queda es sólo el escuchar, no necesita ningún agente, se escucha a sí mismo por sí mismo.

¿No es una percepción?

Tal como acabo de decírselo, no es una percepción, sin embargo esta realidad «sabe que es», pero no como vemos un objeto delante de nosotros; sin la relación conocedor y cosa conocida.

¿Cómo es posible ser en este «saber ser», este silencio, y al mismo tiempo ejercer una actividad que exige memoria, la utilización de los conceptos, otra forma de atención? Durante la meditación lo comprendo, pero cuando debemos enfrentarnos con el mundo exterior, ¿cómo podemos conservar este contacto?

Todas estas actividades diarias y múltiples encuentran su realidad, su posibilidad, su extensión máxima en el «conteniente», en la conciencia. En cuanto «sabe usted que es», en cuanto está conscientemente en este saber, ya no está en un psiquismo. Sus actividades tienen cierta dinámica, pero no es algo psíquico, esto no le apega al objeto no le ata a él.

¿Entonces podemos decir que este «saber» es la miel y *que la probamos al mismo tiempo?*

La sal no necesita que la salen para ser la sal, es salada. El azúcar es dulce naturalmente. El Ser se conoce a sí mismo por sí mismo directamente, sin pasar por ningún intermediario. No puede usted oler el incienso que arde, ver la hoja de una planta sin el órgano sensorio correspondiente, pero el «conteniente» «sabe que es» mientras el contenido se manifiesta bajo todos sus aspectos. El agua no queda afectada por los peces que juguetean en ella, sigue siempre siendo el agua.

La comprensión de la perspectiva apropiada puede chocar contra el hecho de no tener usted todavía la firme convicción de que nada existe fuera de usted, de que todo está

inscrito en usted. Lo que ve, lo que hace es una creación del instante mismo. La memoria solo añade a esto una continuidad, ella es la que precisa de su estar usted aquí ayer o ante ayer.

VI

EL ACERCAMIENTO

Las experiencias, como experiencias humanas, se sitúan en varios niveles y una charla de carácter espiritual debe tenerlo en cuenta. Parece que hay contradicciones, contradicciones sólo aparentes, que al final resultarán reconciliadas para, de alguna manera, celebrar su origen común. Si captamos en qué nivel nos colocamos en este instante, ya no las hay.

¿Qué podemos constatar en nosotros, en el primer contacto con una persona que nos enseña, que se pueda considerar como una señal de un acercamiento positivo?

Cuando usted presiente la verdad en el contacto con la persona que le enseña, toda su vida toma otra orientación, se instala en otra perspectiva. Sus emociones, sus sentimientos, sus decisiones se van depurando; pudiéramos hablar de una reorquestación de energías sin la menor intervención de nadie. Este presentimiento de la verdad es determinante para reconocer el error. Si nos colocamos bajo el enfoque individual, podemos hablar de falso y de verdadero, de fracasos y de éxitos, pero desde el punto de vista impersonal, sólo la verdad es; lo falso no es nada más que una superposición a lo verdadero y no tiene ninguna realidad. Es un nombre que se da, limitado por el tiempo y el espacio, producido según las circunstancias; depende totalmente del último que lo percibe; la verdad existe en sí misma, por sí misma, no se puede concebir por el pensamiento. El deseo de ser consciente del Ser viene directamente de él, es una llamada del Ser. No puede ser un objeto de deseo como tal o tal cosa que nos falta. Esta visión desencadena el traslado de la energía que transportaba el error integrándolo en su origen, en el Ser, en lo verdadero.

La vida no es más que dolor, sufrimiento. El mundo no deja de estar de luto. ¿Qué puede usted decir acerca de esto?

El dolor, el sufrimiento son los de alguien. No podemos hablar de ellos sin tener ya conocimiento del no-sufrimiento. Por otra parte, es evidente que lo que percibe es distinto de lo que es percibido. El dolor es un estado percibido que existe porque usted existe. El alguien, el individuo, el ego también es un estado. Es a la vez por costumbre y por error por lo que nos identificamos con nuestras percepciones, lo que es la condición misma de nuestra desgracia.

El yo busca el placer y rehuye el sufrimiento físico y psíquico, está en una postura constante de elección; puede usted constatar que a fin de cuentas, cualquier intención, cualquier volición es una huida ante sus errores. El objeto en sí no tiene ni dolor, ni placer, sino que depende del sujeto correspondiente. La no-aceptación de una situación es la que crea y mantiene nuestra pena que no es más que un indicador, una alerta; la aceptación elimina el papel del «ego» que se debilita, y sólo entonces nuestro dolor se hace soportable.

Abrirse al placer es muy natural, pero el rechazo de su opuesto por un yo que huye o se defiende, cierra el paso a la subida de la alegría. El sufrimiento íntimamente mezclado a la estructura miedo/deseo pone una barrera a la energía creadora de la posibilidad-total. Con esta constatación, el acento se traslada desde lo percibido hacia el último que percibe que es el Ser. Así es como podemos decir que la pena conduce a la alegría.

Un yo que presiente la realidad trae consigo la aceptación y se disuelve en el equilibrio perfecto. Lo que queda es clara visión silenciosa, experiencia no objetiva, no dual. El estado egótico es por definición conflicto, miedo, avidez; el espectáculo de nuestra sociedad es lo que mejor lo demuestra. Comprendido esto, un mundo nuevo empieza para usted ya que su naturaleza axial excluye este estado. Entonces, libre de cualquier esclavitud y verdaderamente constructivo, usted es una ayuda verdadera para su entorno.

¿Cómo se desarrolla la discriminación?

El discernimiento, la discriminación se realizan sin que haya alguien que esté discriminando. La volición no es más que una continuación de lo ya conocido.

¿ Cuáles son las actitudes que refuerzan la barrera construida por el yo?

Los apegos, la evocación frecuente de las experiencias anteriores y su carga afectiva, cualquier recapitulación en vista a una seguridad, a una continuidad, a un alguien, todo esto refuerza esta barrera.

La personalidad se expresa en la duración, pero el Ser es intemporal. Intentar descubrirse en una percepción determinada es un proceso sin fin y lleva de problema en problema. La suprema felicidad es no-dual.

Claro, usted no es el cuerpo que no es más que extensión de lo que es usted realmente. En realidad, cualquier forma no es más que una expresión de usted mismo. Usted no puede describir lo que es, sólo puede decir lo que no es. Su verdadera naturaleza trasciende el cuerpo y la mente. Por esto la pregunta «¿quién soy yo?» no encuentra contestación. No tiene eco, no tiene garra, toda referencia cae y usted se despierta en un silencio respuesta total. Buscarse en una objetivación es vano. Tiene usted que ver esto con una perfecta claridad. No ponga constantemente esta evidencia en duda agitando el pasado/futuro. En el «ahora» intemporal es donde se encuentra lo vivido. Cualquier otra forma de concebir el acercamiento es una acumulación que enriquece la memoria, dilata la mente; hay que substraer, desaprender. Este amontonamiento no es más que vanidad, deseo de seguridad de la persona. El conflicto, el problema aparente es un producto de la mente, ávida de expansión, de justificación. Ella es quién concibe todos los argumentos. Ver esto de un modo instantáneo, global, le lleva a lo que nunca ha dejado de ser: la insondable felicidad del Ser.

¿Cuál es el motivo profundo que nos incita a la búsqueda espiritual?

Varios factores pueden llevarnos a la búsqueda espiritual: primero pienso en los que, por su pasado, tienen una nostalgia profunda de lo divino bien anclada en ellos. En este caso, no podemos hablar de motivo, podemos decir como el Maestro Eckhart que «Dios se busca».

Luego, están los que el mundo y su prestigio dejan totalmente indiferentes y que ya no encuentran sabor a los objetos y a las relaciones humanas. Entonces, nos podemos preguntar: ¿la culpa la tiene el mundo, o es mi actitud hacia él la que causa este desencanto? Esta duda hará que surja en nosotros una interrogante: ¿Cuál es mi naturaleza

real? ¿Quién soy yo? ¿Qué es la vida? ¿Qué significa esta existencia? Estas preguntas se las plantea tarde o temprano cualquier hombre sensato; están, por así decirlo, profundamente inscritas en nosotros, y, al profundizarlas, terminamos por volvernos espectador del espectáculo.

El «yo» parece estar en el centro de todo y parece desempeñar múltiples papeles: ando, tengo frío; con una mente más abierta, más alerta, constatamos: es el cuerpo el que anda, el que tiene frío. Igualmente, cuando decimos, me acuerdo, me imagino, es una identificación con la mente; lo real no está dominado por ello.

Las modificaciones del cuerpo y de la mente a través de las edades, niñez, adolescencia, madurez, vejez, son percibidas por un conocedor que no podría observar si él mismo no fuera inmutable.

Es evidente que, como yo me encuentro en una situación en la cual vivo en relación con los objetos, mis actos dependen totalmente de estos contactos: son agradables o desagradables. No son más que reacciones. Por la ansiedad, el miedo y el deseo, voy creando un mundo en el cual se agitan los humanos y voy buscando donde agarrarme, un medio para distinguirme de ellos, encontrarme a mí mismo, por lo tanto, separarme.

Son mecanismos que debemos ver en vivo muy claramente con una lucidez serena, despegada de toda preocupación personal, lo que da el impulso indispensable para una búsqueda honrada y seria, para seguir buscando ardientemente el descubrir el verdadero «yo».

¿Qué debemos entender por el conocimiento de la trascendencia?

No podemos conocer la trascendencia, sólo podemos conocer lo que ya sabemos. El conocimiento del mundo objetivo no es un conocimiento, no es más que la superposición de una percepción, un afecto, un concepto. El conocimiento por excelencia es «ser conocimiento». Este deseo es el móvil profundo, el motivo de todos nuestros actos. Se desarrolla, la mayoría de las veces, de un modo disperso, sin que tengamos verdaderamente conciencia de ello, y generalmente necesitamos a un instructor que lo dirija, lo oriente con un enfoque mejor, hacia el último equilibrio.

El cuerpo y nuestras facultades mentales no tienen ninguna realidad propia; dependen totalmente de la conciencia. Este trasfondo no-cambiante es lo que nos permite darnos cuenta de ello. Aparecen y desaparecen en nosotros, en nuestro verdadero «yo», pero no somos ellos, y por ello somos capaces de conocerlos. Existen cuando son pensados y aparecen de un modo discontinuo. Cuando hacemos hincapié en el aspecto obje-

tivo de este conocimiento, la misma conciencia parece discontinua; en una observación muy profunda, muy lúcida, vemos de un modo absoluto, cierto, que es inexacto.

En el estado de vigilia y en el soñar, estamos inmersos en el objeto; en el sueño profundo estamos sumergidos en nosotros mismos; pero estos tres estados vienen directamente de la pura conciencia. Esta experiencia surge entre dos pensamientos, dos percepciones y en el sueño profundo.

Para poder hablar de ausencia de objeto, debe haber una presencia. El hincapié puesto en el aspecto objetivo de la experiencia la hace parecer negativa, olvidamos su lado positivo: la presencia de la pura conciencia, de la unidad; en los momentos de felicidad, paz, alegría, somos lo vivido.

Cualquier pregunta que nos hacemos acerca de nuestra propia naturaleza es causada por el presentimiento de ser, sino no se podría hacer, viene directamente de esta premonición que la hace surgir en nosotros. Cuando el que pregunta se pierde totalmente en el silencio, se abandona a esta llamada de la verdad, llega un momento en que se descubre siendo él mismo esta realidad.

Por una comprensión instantánea el adorador pierde todo su dinamismo intencional, volitivo, y con él, su naturaleza de adorador; se revela como adorado. Cuando ya no hay ni adorador, ni adorado, queda el Ser. Entonces podemos hablar de una pura intimidad con nosotros mismos en la cual conocemos nuestra esencia, nuestra naturaleza axial. Por lo tanto, no se trata de reducir la conciencia a una conciencia de algo; debe ser una percepción instantánea, directa, de uno mismo, conciencia de la realidad, del «yo». La trascendencia no es un concepto, es una vivencia, usted lo sabe.

VII

LO VIVENCIADO. EL MAESTRO ESPIRITUAL

Es imposible volver a traer lo vivenciado a la memoria; el «saber ser» no corresponde a la memoria, podemos recordar sólo lo que hemos captado mentalmente, en un momento determinado; esta vivencia, absolutamente no mental, no-dual, es Ser puro. El instructor está más allá de su enseñanza y el conocimiento del Ser, es decir ser conocimiento, es intransmisible, incomunicable. La expresión verbal es sólo un pálido reflejo de lo inexpresable, la beatitud. La enseñanza es sólo un pretexto y las palabras pronunciadas no deben nunca maniatar, para que el que está recibiendo la enseñanza vuelva a encontrar su soledad, el silencio, el último saber que es su verdadera naturaleza. Esto exige un escuchar en una disponibilidad absoluta, de la cual está ausente cualquier anticipación conceptual, porque aprender algo objetivo es siempre parcial. Lo que se enseña no debe dar al que busca ninguna ocasión de fijarse corporalmente o psíquicamente, cualquier enunciación debe apuntar sin rodeos hacia un ser axial, la conciencia unitiva, fuera del tiempo, de donde emana directamente lo que se le está transmitiendo. El instructor desapega al discípulo de su cuerpo, de su mente, para que se vaya disolviendo en su propia esencia; entre ellos reina una unión perfecta. La verdad es conocida en su totalidad, a través de lo que sugiere el «gurú», ya que éste y su enseñanza son una sola cosa. Recuerdos frecuentes, no intencionales aparecerán en el caminar y el aspirante será solicitado por este último equilibrio; lo que se habrá vivenciado a sabiendas en presencia del maestro espiritual se afirmará. La estabilidad en este estado, más adelante, la disolución y la maduración absoluta ya sólo serán cuestión de tiempo.

Si he entendido bien, la enseñanza apunta hacia nuestro Ser no condicionado y provoca frecuentes recuerdos de lo que hemos experimentado. Los elementos verbales no son más que una entrada en materia y se apagarán para dejar persistir el silencio sin objeto, la plenitud.

Exactamente.

¿Qué entiende usted por «escuchar receptivo» en el momento en que el instructor habla de la perspectiva espiritual?

El discípulo debe adherirse totalmente a lo que se le transmite; debe estar libre de cualquier idea preconcebida, de cualquier teoría o creencia, lo que crea una disponibilidad absoluta. Su verdadera naturaleza, en el momento de la ponencia, se hará presentir por la eliminación de lo que no es realmente él.

Está claro que, en cuanto se ha alcanzado el objeto deseado, se instala un estado sin deseo, sin intención, sin yo, sin conocedor ni conocido. Sólo después es cuando el yo se apropia del instante maravilloso y lo traduce bajo la forma de «soy feliz», en una relación sujeto-objeto. En el momento de la experiencia, el yo estaba disuelto, pero ha sido impregnado de un perfume que le permite recordar. La memoria atribuye la fuente de este deslumbramiento al objeto y refuerza, pues, el proceso que nos hace buscar en él la última realidad. Cuando el yo está separado de su origen, la unidad resulta rota y aspira a volver a encontrarla. Recordar un objeto como motivo de un deslumbramiento trae consigo apegarse a él, pero comprender que no es más que un indicador desplaza el énfasis que se le había atribuido. Entonces aparece el despertar íntimo del recuerdo. Este presentimiento de la plenitud, absolutamente sin causa, se apaga al mismo tiempo que la sustancia del yo, y lo absoluto se revela espontáneamente.

Su entorno empieza a partir de su cuerpo, de su vitalidad, y todo lo que se presenta en lo inmediato debe ser aceptado totalmente, esto significa, debe ser visto sin volición, más allá de los opuestos aceptación y no-aceptación. Su condena, su rechazo no le devolverían la libertad, al revés, le oprimirían, le agobiarían.

Un escuchar sin elección trae consigo su propia elección, sin alguien que escoge y le deja a usted en una libertad total.

¿Cuál es el principal obstáculo al estado de plenitud?

Ya se lo dije: la noción del yo es el principal obstáculo a la plenitud de todas nuestras virtualidades, no es más que una sustancia imaginaria, construida por el contexto social y que debe su existencia a la memoria.

¿Cómo se puede apagar, disolver, esta noción?

Tenga usted, profundamente anclada en usted, la idea de que cada cosa es distinta de usted, de que está fuera de usted. Igualmente, la sensación, su cuerpo, son objetos entre los demás, que pueden ser mirados como separados de usted. Por una observación atenta, se dará cuenta de que su «ego» pierde poco a poco su opacidad. Luego verá que sus pensamientos, sus emociones, sentimientos de simpatía/antipatía, ellos también no son más que percepciones. Este distanciamiento le llevará a colocarse como último conocedor y su noción del yo va perdiendo lo que queda de sustancia. El entorno, concebido antes como un amontonamiento de cosas, resulta transmutado. El objeto ya no es un objeto, de ahora en adelante es una prolongación, una extensión, una expresión de la conciencia. Es el resultado de un captar instantáneo, total. Esta experiencia es de una naturaleza diferente a la de la asimilación que procede por etapas.

¿Qué lugar ocupa Dios en el «Vedanta-Advaita»?

La ausencia de un yo en usted es presencia de Dios. La ausencia de un «yo» proyectado significa una relación no objetiva sin separación entre todos los seres.

El encadenamiento es puramente conceptual, una idea. No ata nuestra verdadera naturaleza. La objetivación de lo que somos —absolutamente no objetivables— obscurece lo que somos realmente. Debemos vivir no parcialmente, sino totalmente, sin vernos como una entidad independiente. De no ser así, se produce un choque entre la acción espontánea y el «yo», lo que produce la sensación de encadenamiento. Vivir espontáneamente, es vivir movido por la conciencia-silencio en la cuál nuestra personalidad está entonces totalmente integrada; la conciencia-silencio es quien se encarga de nosotros; un pensamiento, una acción espontánea implican siempre una ausencia de yo.

El yo-mismo es una imagen que emitimos, amueblada por numerosas características, lo que nos gustaría ser, lo que consideramos que somos; es parecido a lo que ocurre

cuando alguien se mira en un espejo y al ver sus ojos penetrantes, sus pómulos marcados y sus arrugas, se identifica con esta imagen reflejada por el espejo.

La investigación que se hace en vivo, sin ninguna previsión, sin anticipación, no guiada por ningún instrumento, escuchar desinteresado, sin proyección de un resultado, prepara el terreno permitiendo una percepción instantánea de la verdad.

La duda es una característica del punto de vista individual. Es la experiencia vivida del «soy» la que permite ver con claridad que el ego no es más que una figura fantasmagórica. Cuando duda usted de su propia existencia, hágase la pregunta: ¿quién duda? La contestación será inevitablemente: yo, quien soy consciente de una duda. Nuestra naturaleza axial está aprehendida intuitivamente, no se la puede conocer objetivamente como: siento, estoy triste, etc.… «Soy» traduce el estado incondicionado, lo que trasciende la individualidad.

¿Puede esta comprensión surgir en cualquier momento?

Sí, es inmediata, puede surgir tanto en el estado de vigilia como en el del soñar, y en el momento en que pasamos del sueño profundo al estado de vigilia. Por sí sola volatiliza todos los «clichés» y reintegra el todo en la unidad.

Para la mayoría de nosotros, la atención es concebible bajo la forma de atención a algo, o como consecuencia de algo; y hacemos hincapié en el aspecto objetivo de la experiencia, la atención crea la ilusión de una continuidad objetiva. La atención sin elección permitirá que el objeto se disuelva en el ver silencioso, último sujeto, no dual, permanente, fundamento de toda dualidad aparente.

La comprensión total es instantánea, no deja sitio a ninguna pregunta o interpretación; es una visión fulgurante y la noción del espacio/tiempo resulta abolida. La elección entre lo corto y lo largo, el bien y el mal, es un concepto, un atributo causado por la identificación con el cuerpo. El verdadero conocimiento es de otra naturaleza, está más allá de los opuestos y de la complementaridad. Solo esta visión total destruye, disuelve los nudos y suprime el condicionamiento.

¿Qué significa para usted la palabra Dios?

Es un concepto.

¿Y qué es un concepto?

Una idea, un pensamiento.

¿Y qué es un pensamiento?

Una imagen creada por la memoria visual, auditiva, táctil, etc.…, un objeto.

¿Cualquier pensamiento es un objeto?

Sí, excepto el pensamiento «yo» que no tiene substancia objetiva y se refiere directamente a una vivencia no objetiva.

Esta experiencia de la cual habla usted, ¿es posible localizarla corporalmente?

Está fuera de cualquier espacio/tiempo, por lo tanto no objetivable.

¿Puede usted darme de ella una noción para ayudarme a concebir mejor la realidad?

En el escuchar, despojado de cualquier resistencia o agresividad, su cuerpo se vuelve oído, todo su entorno espacial también y al final sólo queda un escuchar total. Lo que escucha y lo que es escuchado ya no están. Está usted en el umbral de la no-dualidad; ha abandonado el molde de los conceptos; esto pertenece a lo vivenciado. El pronombre «yo» apunta hacia Dios.

Si he entendido bien, lo vivenciado es lo que queda cuando ya no hay pensamiento, cuando se acabaron las sensaciones.

Lo vivenciado es un «continuum», un eterno ahora. Cualquier objetivación fluye de ahí de un modo discontinuo.

Entonces, ¿qué son el mundo y los objetos que nos rodean?

También son conceptos. El mundo se limita a nuestro entorno más próximo; su cuerpo, sus sensaciones existen sólo cuando son pensados. No tienen ninguna realidad propia, fuera del último sujeto, el «yo», y como vienen de él y terminan en él, no son de una naturaleza diferente de este «yo» conciencia.

¿Tiene el «yo» un carácter individual, personal?

Es una vivencia última y no se debe confundir con un concepto, imagen de un yo. No hay nada fuera de esta conciencia unitiva, en ella ninguna división se percibe. Toda cosa está contenida en ella, surge de ella, apunta hacia ella y termina en ella.

¿Se puede distinguir una meta en las relaciones que existen entre el «yo» y el mundo?

No hay meta. Dios es la perfección y está fuera de todo perfeccionamiento. Si queremos hablar de meta, el mundo y sus objetos están aquí para revelarnos el último sujeto, el «yo».

VIII

«Quien ve en el acto el no-acto y en el no-acto el acto; éste es un sabio entre los hombres, está en estado de unión, hace posible la totalidad de los actos.»

Bhagavad-Gitá IV-18

HACIA LA PLENITUD

La característica de nuestro condicionamiento es que nos consideramos como una entidad autónoma, individual, y así la realidad no puede llegar hasta nosotros. Un concepto es una ficción sin substancia, sin independencia, como un sueño, y en este nivel todo lo que hacemos está dirigido por un yo, es intencional, es un acto parcial. Lo que efectuamos bajo la influencia del «yo» individual nos encierra en un círculo infernal, somos tributarios de las condiciones de este acto y de este pensamiento.

El acto puro, sin elección, la no-elección, el acto infinito de la conciencia es indiferente a lo puro y a lo impuro, a lo bello y a lo feo. Los conceptos elaborados desde un punto de vista moral no son más que una limitación del acto puro, que es absolutamente indiviso, plenitud. El acto espontáneo es libre de lo opuesto que implica cualquier forma de elección. En la conciencia unitiva ya no hay pensador, ni actor; en lo que es creativo, nadie actúa, todo se hace sin la injerencia de un yo, «se hace» y entonces es un acto total.

Cuando aparece un deseo no formulado todavía, que no ha tomado consistencia al expresarse verbalmente o al fijarse en un objeto, debemos tomar conciencia de este deseo permaneciendo independientes. Así se apacigua la agitación y su dinamismo se muere en el observador supremo, nuestro «yo» que lo contiene todo y no puede desear otra cosa que él mismo. La impulsión, la sensación, sólo tienden obscuramente hacia una expresión no fijada en un concepto. Debemos vivir el deseo permaneciendo fuera de

él; entonces volvemos a lo que somos: plenitud sin objeto. En cuanto se obtiene esta visión clara, nada resulta más evidente que la última realidad de la conciencia ilimitada.

La vida real se sitúa más allá del nacimiento y de la muerte, más allá de la aparición/desaparición, no está limitada por nuestra mente ni atada por la memoria. Esta aparente incógnita se da a conocer cuando nos damos cuenta de que lo conocido efímero actual es una compensación, una búsqueda sin salida; pierde entonces su limitación y se disuelve en el eterno contemplador, toda presencia, ser, vida. En la esfera de lo conocido, cada cosa está clasificada, catalogada, congelada. Más allá, es un descubrimiento constante, todo apunta hacia la conciencia-testigo y todo está absorbido en ella.

El miedo, la angustia están subordinados a la memoria; la emotividad, la afectividad que ciegan son reflejos de un psiquismo alienado, las ideas, los ideales no son más que huida ante una continua renovación.

La constatación de lo que somos, perfecta beatitud, con una perspectiva correcta, es el punto de arranque. Entonces, nuestra vida adquiere otro significado. Es un conocimiento instantáneo, una percepción directa y las investigaciones propuestas por el instructor nos llevan hasta esta intuición. Perspectiva significa orientación, «apuntar hacia», y la experiencia consiste en «mantenerse ahí», a no volver más a ser prisionero de los errores del yo y de sus limitaciones.

El pensamiento discursivo, intencional, nunca puede llevar a esto hacia lo cual apuntamos, el ser. La intuición directa nos alumbra, nos enseña que no hay nada por acumular, nada por adquirir y el dinamismo de la búsqueda se vacía. En cuanto se disipa la ilusión, el buscador vive la plenitud que es gracia.

El último equilibrio depende de la instalación en la realidad; el calambre inicial, el «ego» desaparece en él y el espíritu, el cuerpo están unificados, armonizados; nuestro organismo psicosomático entero está inmerso en la euforia, toda fluctuación mental está apaciguada cuando viene la alegría. Al surgir este primer estremecimiento, cuyos raudales pasan con extrema rapidez, déjese deslizar en la alegría sin objeto; en realidad, cualquier objeto no es más que un reflejo de la paz infinita del ser, realidad constantemente presente, subyacente, aunque generalmente lo experimentamos sólo de un modo disminuido.

La naturaleza esencial de la felicidad brilla en el vacío aparente que existe entre dos estados y se vuelve constante omnipresencia, incluso rodeada de objetos. Toda paz es una expresión de ello. Interrogar una cosa consiste en dejarla que hable, que se exprese, que viva, sin interponer entre ella y nosotros un velo más o menos opaco, tejido por un yo; y preservando los momentos sin formulación, permaneciendo en la sensación, sea táctil, sea auditiva, se disuelve en el testigo silencioso.

Lo que somos —toda presencia— tiene su aparente extensión en un espacio-tiempo en el cual podemos hablar de vivir y de morir: una imagen en la mente; pero nuestra naturaleza genuina no tiene ni nacimiento ni muerte, solo hay nacimiento y muerte de un yo.

Cualquier fenómeno se desarrolla en este espacio-tiempo. Abstenerse de pensar por un acto de disciplina, de voluntad, también está producido por un yo, por su afirmación; tratar de no hacerlo es todavía una conceptualización, ya que todo debe disolverse para que el fondo se vuelva una vivencia. Por lo tanto, una objetivación es un impedimento para integrar lo que somos realmente, nunca podemos despertar; un esfuerzo para llegar al despertar dentro de un horizonte circunscrito por un «ego» es un obstáculo. Si esta intención nos abandona, nos invade la gracia, todo es gracia. El Ser es una lucidez silenciosa que no se deja definir como un silencio negativo con su opuesto el ruido.

¿Cómo concebir esto? Si queremos calmarnos voluntariamente permaneciendo en este nivel, si rechazamos, agredimos, nos defendemos; en cambio, si lo aceptamos, esta agitación se pierde y se funde en el silencio del ser. Si la escuchamos totalmente, se muere en la paz de la cual no es más que una emanación.

Cuando hablamos del presente, sólo queremos hablar de este presente, eterno presente nuestro, desnudo de todo artificio mental y psíquico. El buscador puede ser considerado como un yo proyectado que experimenta una carencia; separado de la unidad, intenta en vano, abandonar este estado de espasmo. Cuando por fin abandona la búsqueda, su impulso se disuelve en el observador silencioso y el yo que no es más que un movimiento centrípeto se vuelve entonces un movimiento centrífugo. Nos integramos entonces en nuestra verdadera naturaleza, que conocemos por una intuición inalienable.

Sola una entidad conceptual puede ser esclavizada o libre; cuando este reflejo nos ha dejado, ya no se puede hablar de libertad o de apego. Toda tendencia a querer objetivar lo que no es conocible es un impedimento para una percepción de nuestra verdadera naturaleza que es Ser, realidad no dual, lo que somos genuinamente y que conocemos por «introversión», allí donde no hay ni exterior ni interior.

Para que lo desconocido se vuelva conocido, lo conocible debe dejar de obstruir la conciencia. La mente es la que creó nociones tales como encadenamiento y libertad; la mente se elimina sin esfuerzo ni disciplina, cuando el silencio se ha hecho real en nosotros. Es un conocimiento, un amor, sin la presencia de un yo. De este silencio-vida emana el aroma de la existencia.

IX

CONOCER EL SER ES CONOCERSE COMO SER

El conocimiento verdadero es ser conocimiento, él solo es digno de tal denominación; no se sitúa en el proceso habitual del pensamiento que se desenvuelve en una relación sujeto-objeto. No podemos pensar lo desconocido ya que es impensable; como se lo he repetido tan a menudo, debe estar totalmente convencido de que utilizando lo conocido sólo podemos dar vueltas. Nunca se lo repetiré bastante.

Esta actitud, pues, no podría revelar lo desconocido que es nuestra naturaleza axial. Deje que esto se vuelva verdadero en usted, instantáneamente se producirá un silencio en el cual estará usted abierto a la verdad última.

Más adelante aparecerán los recuerdos y dirigirán sus pensamientos hacia ese «vivenciado una vez» que perderá sus límites, su substancia, y morirá en su fuente.

Cuando un objeto se conoce, su objetividad se funde en la posibilidad-universal, paz, lucidez; la luz está presente antes de que se vea. El último conocimiento es el conocedor del conocimiento fraccionado, relativo. La aparición de las cosas se hace de un modo discontinuo, pero la conciencia es inmutable; déjese solicitar, el objeto se apagará en la pura conciencia en la cual usted se establecerá por fin.

¿Cómo puede liberarme de los artificios del pensamiento, de la repetición? En otros términos, ¿cómo puedo vivir creativamente?

La mente no se puede cambiar a sí misma, el yo volitivo no es más que uno de sus aspectos, no podrá producir una mutación por una actitud de apreciación, de excusa, de explicación, de crítica, de conclusión. La mayoría de las veces la acción no es más que agitación motivada por el miedo, la angustia, el deseo.

Son aspectos de una mente calidoscópica apoyada en lo conocido, la memoria. Cuando conseguimos una visión total, cualquier proceso intencional, volitivo, nos abandona y deja sólo conciencia-silencio, toda-presencia silenciosa que nos libera de la estructuración fabricada por un yo. Es una vivencia que abre un mundo de energías en nosotros. Un mundo nuevo.

Medimos el tiempo por períodos fijos que consideramos como pasado, presente, futuro; pero el presente ya es pasado cuando pensamos en él, la felicidad última es lo único que es realmente presente; el tiempo se puede concebir únicamente dentro de una sucesión de pensamientos. La conciencia-silencio siempre está ahí, haya o no pensamiento, de no ser así, ¿cómo podríamos hablar de una ausencia de pensamiento?

La realidad se vuelve una vivencia cuando, enfrente de la lucidez sin elección, el error se revela como tal y se desvanece en lo verdadero; es instantáneo.

En esta lucidez sin dinamismo, sin orientación, lo falso aparece con su verdadero aspecto, la intuición de lo verdadero lo desenmascara y no queda ningún residuo. Entrevisto de repente, lo real se vuelve una certeza clara, luminosa. La verdad es, y no necesita prueba, brilla con todo su esplendor y su presentimiento elimina lo que es erróneo.

Dos entidades no pueden existir en el mismo momento, simultáneamente. La causa y el efecto no son más que un modo de pensar en la vida corriente. Cuando reflexionamos sobre una causa, el efecto no está; cuando vemos el efecto, la causa deja de existir; sin el efecto, ¿dónde está la causa? Del mismo modo que la distinción sujeto-objeto, la comparación simpatía/antipatía se apoya en la memoria y no es más que memoria. Esta memoria es un pensamiento en medio de muchos otros, no tiene substancia propiamente dicha. La idea de un pasado o de un tiempo futuro siempre existe ahora. Conocemos el tiempo por una sucesión de conceptos basados en la memoria. Cuando vemos claramente lo que es la memoria, el tiempo nos abandona.

No se puede hablar de objeto sin sujeto, ni de sujeto sin objeto. En el momento de una percepción, ningún yo está presente; después es cuando decimos: he visto, he oído. Un sujeto y un objeto son dos nociones separadas; sólo podemos tener una al mismo tiempo, incluso la acción corporal y la percepción sensorial. Un objeto sin sujeto ya no es verdaderamente un objeto, lo mismo ocurre con la causa y el efecto. El pensamiento, la memoria, el tiempo, aparecen en la conciencia-silencio, no son más que una expresión de la eternidad presente. Cada percepción es un universo nuevo del cual nuestro cuerpo, nuestro psiquismo, forman parte y lo creamos pensándolo.

A menudo se habla de sujetar, de calmar la mente con ayuda de la concentración, pero un poco de reflexión nos enseña que la distracción y lo que la domina son parte íntegra de la mente y es imposible oponerla a sí misma. Lo único que se consigue así es una mente bloqueada, encerrada en una contracción como un canario en su jaula. La vigilan-

cia silenciosa domina lo uno y lo otro y, vistas así, la mente y sus agitaciones se mueren, se evaporan, no siendo más que funciones. Lo que queda es el silencio vivenciado.

Obtener el silencio domando la mente, a fin de cuentas, nos deja también en un conflicto. La calma conseguida por este medio no es más que la percepción de un vacío, de una quietud momentánea que pudiera dar la ilusión de haber alcanzado lo último. Situarse en una imagen es el único obstáculo. La enseñanza por la palabra y sobre todo por la presencia nos guía apuntando hacia la perspectiva no objetiva; ya no se recalca en el objeto, la percepción se desplaza y se disuelve en el último sujeto, una vivencia fuera de cualquier relación entre el observador y la cosa observada.

Nuestro yo es el que crea problemas ya que él es el nudo. El instructor nos lo hace comprender y creador y creación se desvanecen. El creador es sólo el producto de nuestra imaginación y lo único que queda es nuestra verdadera naturaleza, no ha cambiado nunca, por lo tanto no hay que construirla, tampoco hay que alcanzarla.

Los problemas del mundo, claro está, sólo son los nuestros; aparecen ola tras ola, creados por el «ego». La élite seleccionada para resolverlos se ocupa de cosas múltiples, busca arreglos. Ignora al creador del problema. En un acercamiento justo, cuando el problema se ha detectado, nos colocamos dentro de un punto de vista impersonal, la conciencia, más allá del yo. Desde este último puesto de observación, el ego se disuelve, lo mismo que su dilema, en la pura conciencia: presencia vigilante. El problema ya no existe y ya no existirá. De esta conciencia es de donde fluyen la acción justa, el discernimiento.

Someterse a los movimientos de su cuerpo, de su psiquismo, no significa identificarse con ellos, lo que provoca esclavitud y desgracia. Es un «dejar-hacer» en el cual usted está totalmente lúcido y presente; el yo se atenúa cada vez más hasta disolverse en la pura conciencia. El distanciarse es un primer paso hacia la libertad, la no-espera es lo que permite alcanzarla; la anticipación es una violación en un proceso que debe realizarse por sí mismo. Lo que aparece en un relámpago de lucidez silenciosa no se puede instalar en un terreno todavía por limpiar.

El encuentro con la persona que le transmite la enseñanza exige un contacto distinto al que se tiene a menudo en la vida corriente, hecho de agresiones y de defensas, en búsqueda de algo. En este encuentro debe tener otra actitud, someterse totalmente a sí mismo, aceptarse perfectamente, de este modo sólo tendrá la libertad necesaria para liberarse de su yo; se encontrará apto para recibir. Entonces nace un escuchar en profundidad, libre, al cual el que enseña le devuelve constantemente por su presencia, por sus palabras. Así es como se produce la apertura a la gracia y como usted se encuentra a sí mismo.

Me siento atado por mis pensamientos y mis sentimientos y me pregunto: ¿dónde me encuentro en el mundo?, ¿quién soy yo?

Esta pregunta surge como consecuencia de una inquietud. Primero queremos disipar esta inquietud tratando de modificar los motivos exteriores: entorno, objetos, etc.… En vista del fracaso de este procedimiento, dejamos de actuar sobre estas circunstancias que nos hacen sufrir y preguntamos: ¿quién sufre? ¿por qué está hecho de tal manera que sufre? Sufro. ¿Qué soy yo? Si el problema es angustioso, la pregunta está cargada de una fuerza psíquica que permitirá profundizarla.

Como se lo dije en una charla anterior, el hombre conceptualiza lo que es. Asocia el pronombre «yo» a numerosas calificaciones, y este «yo» identificado con nuestro organismo psicosomático se cree una entidad independiente. En cualquier nivel moral o intelectual en que se encuentre, está atado. Esto es la causa primera de sus dificultades. Por un examen en profundidad, constatamos que las percepciones dependen del que percibe. Sabemos que cambian continuamente a través de las cuatro edades: niñez, juventud, madurez, vejez y que el que las observa se encuentra fuera de ellas.

Debe comprender que el malestar que hizo nacer en nosotros la pregunta «¿quién soy?» depende de un «yo» habituado a situarse como actor, pensador y que es el que sufre. Querer deshacerse del sufrimiento, del conflicto, querer disminuirlos, no cambia nada, ya que cuando nos colocamos como un «yo» volitivo, es esto en sí lo que nos ata. Este «yo» volitivo está sometido a todas las fluctuaciones del condicionamiento: miedo, inquietud, etc.…, es un «ego», es una seudo-entidad. Esta seudo-entidad, cuando está vista tal como es, se elimina, llevándose todos los problemas. Ha sido percibida en el momento del acto por un espectador totalmente impersonal y liberado; cuando le vemos, este «yo testigo» ya no es un concepto, sino un «soy» vivenciado.

Todo lo que ha precedido al «yo soy» está disuelto en un estado de lucidez silenciosa que podemos llamar: soy, conozco, sé. Este saber es totalmente distinto al del erudito que se desenvuelve en el marco espacio/tiempo, volumen/duración.

La experiencia del «yo» está vacía de toda percepción. Es conciencia unitiva no dual. Nada puede existir fuera de este «soy», en él es donde aparece el mundo.

El soy, el entorno y el mundo son uno en esta conciencia intuitiva. El Ser incluye lo otro, es unidad. El hombre no identificado a sus hábitos está distanciado, es cada vez menos cómplice de antiguos moldes; la manía de la personificación de su imagen desaparece. Más adelante, situándose definitivamente, el sujeto y el objeto pierden total-

mente su separatividad. La disolución de los opuestos, de los complementarios, se produce, sólo queda el Uno.

¿Cómo liberarme de los «vâsanâs», de los estorbos para tener acceso a lo que soy?

Ningún acercamiento hacia una perspectiva espiritual es posible manteniendo una personalidad independiente, un usted mismo. Con esta lamentable actitud lo único que consigue es consolidar más sus «vâsanâs, sus impregnaciones psíquicas. Ante todo tiene que reconocer en usted esta fantasmagoría: ¡querer ser un usted mismo! No se preocupe de deshacerse de sus «vâsanâs»; en cambio detecte, capte cada vez que está a punto de situarse como un yo. Un día perderá esta mala costumbre y sus «vâsanâs», engendradas por este yo-mismo, se vaciarán por falta de alimento. Mientras no hayan desaparecido el yo y las impregnaciones mentales, la posición axial permanecerá frágil.

¿Puede usted precisarnos cómo podemos trascender el triple tiempo?

Arrancando desde un usted mismo, sujeto-objeto, sabe usted que no puede conocer el presente ya que, cuando lo consideramos es ya el pasado, o un pasado/ futuro supuesto; para el sujeto/Ser, no puede haber pasado ni futuro; no conoce ni el tiempo, ni el espacio. Es una presencia eterna.

Cuando ya no hay yo, el pensamiento se hace espontáneo, directo, no dirigido. El acto ya no es volitivo, ya no es más que una reacción provocada por los residuos del pasado y él mismo no deja residuos. Todas las recapitulaciones y estrategias nos abandonan sin que nosotros les abandonemos. La lucidez silenciosa no tiene intención.

Si vivimos en la óptica de la última realidad, ya no hay conflicto. Este último aparece cuando ocupamos un yo que ya es un conflicto. Dejar de pensar debería corresponder a dejar de verse como una personalidad. Vivir integralmente consiste en vivir de un modo impersonal, ni más ni menos.

Para no continuar considerándonos como un «yo», dejemos vivir esta creación ilusoria con la cual nos hemos identificado. Necesitamos verlo claramente, en vivo. Claramente, es decir sin la menor huida o justificación, sin querer deshacernos de ella. Debemos aceptarla plenamente, aceptarnos. Si vemos este mecanismo en camino, tan a menudo como se impone a nosotros, esta ficción se volverá una forma inerte, hasta su

desaparición definitiva. El sujeto-objeto imaginado se disolverá en el sujeto-Ser. Esta despersonalización nos conducirá a ser lo que somos.

¿Qué hacer para ser esta realidad?

Comprender en vivo que no hay que hacer nada. El descubrimiento de nuestra naturaleza verdadera no está provocado por una acción, no es una cosa entre otras. Mientras un yo está presente, no verá diferencia, actúe o no, ya que en un caso o en el otro, es usted el actor.

Los objetos del mundo, lo que nos rodea, son una ilusión de nuestra mente, de nuestro organismo psicosomático. Nos creemos independientes y al mismo tiempo unidos, atados a ellos. En esta encrucijada experimentamos repulsión/atracción, antipatía/simpatía. No trate pues de distanciarse de estas nociones, sino más bien de esta entidad fantasmática, el yo. Se despegará de su entorno y se despertará en su verdadero «yo».

La apariencia de este mundo depende del punto de observación que tomamos. Examinado por la personalidad, parece un caos, le superponemos nuestro propio caos; volvemos a encontrar los mismos mecanismos que hemos encontrado ya muchas veces. Si nos colocamos en lo impersonal, nos encontramos en un terreno nuevo, inédito.

Un concepto se refiere a su opuesto y no puede estar aislado. Por su negación simultánea se disuelve en la última verdad no dual. Es intemporal, es una experiencia vivenciada, no comunicable por la palabra porque es estrictamente sin objeto. La percepción directa de esta realidad nos liberará de los opuestos.

La investigación se hace en vivo, de un modo no intencional, sin premeditación, con el instrumento de un escuchar desinteresado, sin espera. Se pone en marcha un mecanismo de eliminaciones, independientemente de nuestra intervención, y el terreno, de alguna manera, está preparado para una percepción inmediata de nuestra verdadera naturaleza. Ser el Ser es una certeza que no puede negar; por lo tanto no puede alcanzar nada, no puede realizar nada. ¡Cuando dice «la única meta por alcanzar es el Ser», supone usted una segunda meta!

Me parece que el que desea esto es el «ego» que se encuentra en la inseguridad, en la insuficiencia, tal como usted lo dice a menudo.

El «ego» es una mera fabricación de nuestro intelecto. Nos podemos situar en nuestro psiquismo o en nuestro cuerpo, pero todo lo que es anterior al pensamiento es nuestra verdadera naturaleza.

¿Entonces, si he entendido bien, el Ser es anterior al surgir del pensamiento?

Sí, se lo he precisado a menudo; si persigue una meta que va en contra de ser conscientemente esta vivencia, la creación de una imagen pondrá obstáculo al descubrimiento de su propia naturaleza y la comprensión obtenida por razonamiento no le llevará a esta certeza. La captación simultánea, total, es la que provoca la disolución de esta seudo-entidad en el último conocedor, nuestro terreno propio, lo que somos.

Todo esto ocurre más rápidamente que la caricia de un rayo de sol que hace centellear una gota de agua en una hoja, en una absoluta no-temporalidad, en la cual se encuentran juntas la ausencia de la presencia de un pensamiento y la ausencia de la ausencia.

El discernimiento en su sentido más general es un proceso que funciona de un modo lineal, por fracción, por serie y no se debe confundir con una experiencia intemporal, vertical. La ausencia de un yo-mismo es una presencia, un escuchar total. Ser es impensable, no objetivable, pero sólo Ser es verdaderamente conocer.

X

LA UNIDAD OMNIPRESENTE. LA LIBERACION

Volvamos a un punto importante: sabemos que la totalidad de los rasgos físicos y mentales caracterizan nuestra individualidad, pero que la conciencia, el conocedor, trasciende este yo que se modifica sin cesar. Sin embargo conocemos mal esta certeza y la mayoría de nosotros se identifica con este cambio; esto nos hace personificar nuestra naturaleza verdadera, permanente, el que actúa, piensa, se alegra y sus opuestos. Creemos ser una personalidad independiente, por lo que lo absoluto aparece como idéntico al cuerpo y a la mente. Es una tesis insostenible; soy consciente de mis percepciones, de mis pensamientos, el pronombre «yo» designa siempre el Ser inmutable.

Somos uno con cada actividad mental lo mismo que somos uno con la serenidad, la alegría, cuando estamos durmiendo profundamente. La paz que experimentamos en los tres estados: vigilia, soñar, dormir profundo, es un reflejo de nuestra verdadera naturaleza que es alegría. Podemos decir que en el momento de la experiencia es usted esto. Más adelante vuelve a caer en una relación sujeto-objeto y de esa manera no se puede establecer en este estado de amor, absolutamente no dual. Ha estado fuera del ego, pero el hecho de volver constantemente a las imágenes mentales le fija, le ata, le une a él.

¿Cuando termina la enseñanza?

Lo que usted pregunta supone que hay alguien a quien liberar. La enseñanza termina cuando el sujeto se da cuenta, en un relámpago, absolutamente no mental, de que es libre y lo ha sido siempre. ¡Usted no puede volverse lo que ya es! El «ego» sólo es quien lo creía; es puramente ilusorio y la pregunta también. Contestar, en este caso, resulta absurdo. En el momento en que se hace la pregunta, el «ego» está totalmente disuelto,

ya que dos conceptos no pueden existir al mismo tiempo, y la contestación no encuentra a nadie para recibirla.

El instructor describe muy claramente la naturaleza de los tres estados a los que reconoce como no reales, aparentes, sin ninguna independencia. Pedagógicamente, es la mejor forma de proyectar la luz sobre la verdad. Pasamos por estos estados de los cuales somos el último conocedor y el que conoce es conciencia-silencio, lo que está antes, después y durante la presencia de lo conocido.

Este vislumbre de la verdad, o una pregunta que se le ocurre en vivo, están animados por una gran fuerza. Deje que estos elementos se desenvuelvan sin que usted intervenga de ninguna manera. Permanezca contemplador lúcido; otros interrogantes se presentarán probablemente, cada vez más despojados hasta que se extingan en el «sé» de la contestación… plenitud. Cualquier otro acercamiento llevaría el riesgo de dejarle en un silencio negativo.

Lo que somos es toda presencia, lo que existe verdaderamente ahora. «Advaita» no dual se puede traducir por «ni uno, ni dos» y se expresa, pues, en términos negativos. El último conocedor no es un objeto de percepción y sin embargo no es desconocible.

El que percibe está más allá de los opuestos, es la conciencia pura, unitiva, la única que los puede unir. En un diálogo entre el instructor y el discípulo se recalca mucho esta conciencia. Si se recalca la palabra, la sintaxis, el idioma, se pierde el perfume de la verdad despertada en el aspirante por la presencia de su maestro espiritual; la comprensión se hace puramente intelectual. En este diálogo se conduce al discípulo hasta la eliminación de su individualidad, hacia lo impersonal; en cierto momento se apaga el lenguaje, sólo queda el silencio. Cuando el cuerpo y la mente, que no pueden contener respuesta, se han disuelto totalmente en esta paz, la contestación se clarifica.

Vemos al conocedor empírico; si llevamos nuestra atención hacia lo que observa, todo lo que es objetivo pierde su base, se apaga, somos uno con este observador. El es el telón de fondo, si se nos permite expresarlo así, de este conocimiento relativo, cambiante. Nuestra estructura individual puede entonces ser vista en su luz correcta. El «Vedanta» apunta conscientemente hacia la última verdad durante el estado de vigilia. El vivir plenamente es la verdadera realización. Esta beatitud es la conciencia del Ser, no dual, sin agente. Se prolonga en pensamiento y percepción con la mente y el cuerpo como soporte. Así se forma el mundo. Su explicación, pues, se encuentra sólo en un proceso hacia atrás, sólo lo podemos encontrar en su fuente. Nació con el pensamiento y la percepción, que surgen de la conciencia y no son más que conciencia.

Comprendo difícilmente que se pueda al mismo tiempo vivir la vida de cada día y ser.

La vida de cada día aparece a alguien. Usted es este alguien a quien aparece, pero no es lo que aparece todos los días. Las cosas aparecen y desaparecen para alguien. Pregúntese muy profundamente: «¿Quién ve esto? ¿Quién es el que juzga, condena, el que duda entre me gusta y no me gusta y que es también parte de lo que aparece?»

Usted conoce al que rechaza o acepta, al que escoge. Lo que es usted profundamente, permanece totalmente fuera de estas sensaciones. Usted conoce los momentos en que no hay elección y aquellos en los que se impone la elección.

Debe encontrar en usted mismo la distinción entre el que escoge y el que permanece únicamente observador no implicado. Llegará a situarse conscientemente en esta presencia, en la cual no hay elección, en la cual, efectivamente, lo que llamamos la vida de cada día encuentra toda su extensión, toda su plenitud, sin interferencia de alguien que escoge, que decide, que ve las cosas a través de una pantalla de miedo, de angustia, de deseo. Según sus palabras parece que la vida diaria es una carga. ¿Para quién?… Deje que se elimine el ¿quién? y verá que no hay tal carga.

¿Puede el mundo existir sin el deseo?

¡El mundo existe en usted; usted no está en el mundo, usted es quien crea un mundo!
¿Quién desea?

Yo

¿Por qué desea usted un mundo?

No, no lo deseo…

Cuando se ha eliminado el yo, ya no queda nada.

¡Pero, ahí está!

¡Esa es su desgracia!

Entonces ¿qué hacer?

Desea usted un mundo únicamente para que alguien, un yo, se sienta seguro, para darle una continuidad.

Pienso que puedo tratar de encontrarme a mí mismo, pero no necesariamente para sentirme seguro. Esta necesidad es también fuente de inquietud.

¿De dónde viene este deseo? Aparece en aquel a quien le gusta ser y para quien el mundo no tiene interés.

¡Entonces, no es exactamente desear el mundo, es intentar ser!

Sí, sólo podemos desear esto. Todo lo demás es compensación.

¿Es fundamental?

Sí.

¿Entonces, pues, no debemos destruir sistemáticamente cualquier deseo?

No, ya que puede ser disperso u orientado. Cuando vamos de una compensación a otra, nos dispersamos; el único deseo verdadero es orientado, iluminado.

¿Pero puede no estar iluminado conscientemente, puede permanecer inconsciente?

Ya que lo ha definido perfectamente, desea usted ser y ya es cierta forma de discernimiento. Dice usted «ser», no dice: quiero ser abogado, quiero ser ministro…

Ser es la fuente, lo único que percibe. Cuando lo siente profundamente, ya no intenta ser esto o aquello; sería una meta, otra compensación.

¿Qué ocurre entonces, puesto que ya no puede referirse a nada? Ya no hay pasado ni futuro… un silencio.

¿Es un bienestar?

Sí, este silencio no puede situarse ni dentro de un espacio, ni dentro de una duración. Está usted plenamente aquí. Es una percepción, y de esta percepción surge el deseo de ser.

¿Por qué no permanece?

¡Por que usted lo abandona!

Sin embargo, estoy muy bien y experimento esta sensación de plenitud, a partir del momento en que estoy viviendo con intensidad, luego se produce como una bajada, una parada y voy en busca de lo que sea, de otra cosa. ¿Por qué esta carrera desenfrenada?

Me parece claro que usted desea ser. Pregúntese profundamente: ¿qué representa Ser para usted? Nada objetivo, claro está, no una visión, ni una idea, ni una sensación.

Lo que quisiera, es poder expresar lo que soy.

¡Pero expresa usted constantemente lo que es, no puede expresar lo que no es.

Me da la impresión de que estoy expresando lo que han hecho de mí.

Entonces, elimine lo que han hecho de usted y será lo que es. Es posible. Póngase totalmente al desnudo. Suprima todas las calificaciones que le ha dado la sociedad, no son usted, sólo son un montón acumulado por la memoria.

Cuando está cavando la tierra, está cavando, nada más. ¿Dónde está el que ha sido fabricado por la sociedad? No está presente. Está aquí sólo cuando está pensado. Por lo tanto es una idea como otra cualquiera. Tiene que ver esto con lucidez, en una percepción súbita, y el cambio se hace posible, surge.

XI

«Cuando ha desaparecido la proyección del yo, del ego, entonces surge en mí la ola ininterrumpida del YO verdadero. Me concede la gracia de la felicidad que penetra y abraza todo mi saber. Unico y trascendental, se muere en el gran silencio —¿cómo expresar con palabras esta felicidad?

Thayumanavar

¿QUIEN SOY?

Me parece indispensable profundizar aún más lo que es primordial para nosotros: sabemos que un hombre puede hacerse múltiples preguntas en la vida y que todas giran alrededor de ésta «¿quién soy?». Todo fluye de esto. Para que esto llegue a ser la contestación última y no la apropiación de una idea entre otras, tenemos que esclarecer más algunos puntos.

El hombre habla de sí mismo como «yo» y atribuye a este yo múltiples papeles: yo corro, yo como, yo tengo hambre, yo duermo. Estas acciones se refieren a su cuerpo. Dice también: yo me acuerdo, yo deseo, yo estoy sorprendido, yo estoy deprimido, etc.…; por lo tanto se identifica también con su mente. Creemos ser el motor de nuestras actividades de las cuales, sin embargo, sólo somos el espectador.

Gracias a una observación muy profunda comprendemos que la mente es la que piensa y el cuerpo el que actúa y que cambia continuamente en el transcurso de los años, mientras que el último conocedor, él, permanece inmutable. La permanencia nos permite hablar de la no-permanencia, porque sin este transfondo intemporal, ¿cómo pudiéramos, luego, recordar nuestros pensamientos, nuestras percepciones?

Aparentemente, sin la intervención de la mente, nuestro aparato sensorial, el cuerpo, no puede funcionar. En vez de decir que los objetos y los sentidos son inseparables, mejor sería constatar que el objeto y la mente, son uno, ya que éste saca toda su realidad de la luz de la conciencia. En último lugar, comprendemos por fin que los objetos del mundo no son más que conciencia.

Aceptar el mundo o renunciar a él es lo mismo. Si confundimos la paz y la agresión con los objetos por poseer o rechazar, permanecemos atados a ellos. Renunciar, por lo tanto, es la cruz de la moneda cuya cara es la avidez y el deseo.

En el sueño profundo, sólo subsiste la felicidad, pura expresión de la lúcida presencia; el cuerpo, la mente, sus actividades se han disuelto. De ahí vienen afirmaciones como «he dormido bien»; los objetos necesitan la conciencia para ser vistos, en cambio, la bienaventuranza se conoce, se ilumina. Esta visión nos libera del marco mental y el «yo» se revela conscientemente.

La pregunta «¿quién soy?» está hecha por una personalidad angustiada, pero viene directamente del «soy». La contestación existe antes de que nos hayamos interrogado, aparece intuitivamente. La pregunta no puede tener solución en el plano en el que ha sido formulada porque la contestación resulta ser inexpresable y lo que nos empuja a querer captarla a nivel de pensamiento, a fin de cuentas, se apaga en el eterno presente del «soy».

¿Qué significación da usted a «una relación no objetiva con nuestro entorno»?

Su entorno es una idea que tiene usted, una noción. Del mismo modo, es usted un objeto para usted mismo. Sus relaciones con los que le rodean son también relaciones de objeto a objeto, de un estado, de un psiquismo a otro estado, a otro psiquismo; esto se sitúa en un plano de acción y de reacción, de simpatía/antipatía. Por otra parte, cuando dice: existo, esta palabra apunta hacia la percepción de un no-estado, ni corporal, ni mental. Este no-estado es «ser» indeterminable por un pensamiento o un sentimiento; lo tiene exactamente igual que los demás, su esencia es la misma. Lo que nos rodea no se limita a la forma y al nombre, esto no sería una visión exacta. En el momento en que ve usted un árbol, una flor, la percepción, el concepto no son los únicos presentes: esta otra cosa es toda presencia compartida por usted con todos, en la misma unidad. La forma, el nombre, vienen directamente de este trasfondo, de esta esencia. Es una realización instantánea y no puede ser alcanzada por el pensamiento.

¿Puede intervenir la noción de la gracia en el acercamiento no-dual?

Cada vez que un objeto deseado profundamente es alcanzado, se produce la extinción del yo, separado antes de su fuente, de la unidad, se encuentra entonces integrado en su esencia. En el momento de la experiencia intemporal, ningún objeto, ningún yo está presente; es una vivencia absolutamente no dual, en la cual no hay ni observador, ni observación, ni cosa observada. Por el hecho de que no estamos situados en ella con lucidez, pasamos al lado de esta realidad y sólo percibimos su eco en nuestro cuerpo y en nuestro psiquismo, atribuyendo su causa a tal o cual objeto. Las experiencias en el plano psíquico y corporal, sólo son estados pasajeros muy a menudo confundidos con la no-dualidad que no necesita intermediario para ser vivenciada; y cuando lo percibimos claramente, se despierta en nosotros su presentimiento, su recuerdo que no está ligado a la memoria psicofisiológica. Siguiendo la trama del recuerdo de la fuente, estaremos abiertos a la gracia.

Sabe usted que lo que es conocido y lo que conoce son absolutamente uno. Si los consideramos como separados, suscitamos la noción de un yo. Esta individualidad que actúa, es, pues, parte íntegra de esto en que actúa, como el nervioso y el nerviosismo. Cuando vemos de un modo instantáneo el carácter volitivo, efímero del yo, éste se muere en la lúcida observación, silencio sin elección. En este instante, todas las virtualidades de la vida se actualizan.

A menudo la realidad del mundo está cuestionada por diferentes doctrinas. ¿Qué debemos pensar de ello?

Ya hemos hablado de esto. El mundo es a la vez real y no real. Es real cuando está considerado en el plano empírico, pero desde el punto de vista del Uno es completamente irreal. Es distinto cuando el Ser se sabe origen del mundo que aparece así eminentemente real. Entonces, ¿cuál es la diferencia entre las dos realidades entre el que ignora el absoluto y el que «sabe que es»? Para el ignorante que lo considera como real, el mundo está limitado a esquemas, sistemas, ideas que dan seguridad a un yo desamparado; por cierto se trata de un mundo hipotético, agitado, estancado, en el fondo un mundo muerto.

Desde el punto de vista de quien se conoce a sí mismo, el universo es parte de este último saber, es prolongación, expresión, emanación de la verdad. Se está creando en cada instante, es eternamente nuevo. El mundo nos parece siempre conforme a nuestro modo de verlo: para los sentidos, es forma; para la mente, es idea; para el que vive en el absoluto, el mundo proviene de la conciencia unitiva.

EL VERDADERO «YO»

¿Cuál es la significación de la «sâdhanâ»?

Es esencial ver con mucha lucidez que el sujeto que aspira a la conciencia del Ser debe esforzarse en discernir la identificación errónea: soy esto, o soy aquello, que es transitoria. Interróguese acerca de lo que es permanente en todas las fases de la existencia. La identificación del «yo» con esto o aquello tiene sus raíces en la ignorancia de nuestra verdadera naturaleza.

Usted puede únicamente formular, explicar lo que no es realmente; lo que es usted genuinamente no se formula, no se razona. Esforzarse en ello tendría como resultado aumentar la confusión. La pregunta «¿quién soy?» no tiene contestación, no es una experiencia dentro de una relación sujeto-objeto, dentro de la relación del que percibe y la cosa percibida, sino que es una vivencia, no dual, presente en todas circunstancias.

Cuando el conocedor está considerado independientemente de lo conocido, se revela como testigo puro y cuando lo conocido y el conocedor son uno, ya no hay testigo.

Cualquier imaginación es no real, está basada en la memoria. Lo que es no-proyectado, inesperado, no-previsto, no-anticipado, proviene de lo real La búsqueda del placer, del gozo, ha nacido del sufrimiento, de la memoria. Acepte los acontecimientos tales como se presentan, no los puede cambiar, pero sí puede cambiar su actitud para con ellos. El mundo, la sociedad, tienen su raíz en la noción de un «yo» aislado. Viva la última realidad y la sociedad, el mundo, cambiarán. Cuando han desaparecido deseo y aversión, sólo queda el amor.

La identificación con el cuerpo y la personalidad crea la esclavitud. Al colocarse en el puesto de observación todo se resuelve y hay libertad.

La percepción de nuestras sensaciones es una construcción de nuestra memoria e implica un conocedor. Debemos examinar su naturaleza. Darle toda nuestra atención,

todo nuestro amor y así descubriremos lo que somos, una vivencia. En la ausencia de deseo y de miedo, está el amor.

Las creaciones de nuestro espíritu aparecen y se desvanecen en el espejo de la conciencia, la memoria les da una continuidad, pero no es más que un modo de ver pasajero. Sobre bases tan inconscientes, edificamos un universo lleno de personajes que nos apartan de la realidad.

Un proceso ascendente, por progresión, nos encierra cada vez más en la confusión. Aparentemente usted constata estabilidad, progreso, cambio, y cree estar en el umbral de la gracia; pero en realidad, no ha cambiado nada, todo esto ocurre en la mente, tejido por sus propias ilusiones. No se puede progresar en la realidad, pues lo real es perfección intangible. ¿Cómo podría acercarme a ella? No hay medios para alcanzarla.

El hombre totalmente maduro, que es consciente de su verdadera naturaleza, no sigue necesariamente las convenciones de la sociedad. Actúa en el momento oportuno y obedece a lo que le impone la situación, sin que la sociedad resulte perjudicada en lo más mínimo. Actuar según los deseos no es más que esclavitud, en cambio, hacer lo que se debe hacer, lo que es justo, es libertad total, no se interpone ninguna coacción interior ni exterior.

La noción de ser una persona no está presente cuando los pensamientos o los sentimientos aparecen: «el pensamiento yo» puede intervenir sólo después de la desaparición del «pensamiento objeto» para reivindicarlo. Cuando esto se ha hecho evidente, la esclavitud aparece como no habiendo existido nunca, usted la trasciende por su naturaleza propia. La lucidez silenciosa está más allá de cualquier estado, en el estado de vigilia es donde lo expresamos con palabras.

El ejemplo de la serpiente y de la cuerda, dado a menudo por los vedantistas, se refiere al universo, el mundo por una parte, y la esencia por otra. La serpiente representa el mundo objetivo incluyendo la noción de una entidad personal, y también el pensamiento y la afectividad; la cuerda representa el silencio lúcido. Cuando dejamos de tomar la cuerda por una serpiente, la ilusión de la serpiente se aleja de nosotros y la cuerda resulta ser lo que ha sido siempre. Está en la naturaleza del error, disiparse cuando la verdad está claramente percibida. Ya que el pensamiento es parte integrante de la ilusión, por él no podremos, pues, lograr la revelación de lo absoluto. Lo que existe es la última realidad — el yo y el mundo no son más que superposiciones al Ser.

«Soy» es la fuente de toda experiencia más allá de la dualidad entre experimentador y cosa experimentada. Recalcar el soy, ser consciente —y no el pensamiento o la percepción— nos proporciona ya una gran tranquilidad, a la vez en el plano neuromuscular y en el plano mental.

Al ir examinando de un modo desinteresado todos sus acercamientos, constatará que el pensamiento y la percepción se disuelven en el conocimiento: «sé», único aspecto real, antes de que aparezca otra actividad aparente. Déjese fundir en este silencio cada vez que aparece.

No cultive las ideas que se hace usted de sí mismo, no cultive tampoco las que la sociedad se hace de usted. No sea ni alguien, ni algo, permanezca totalmente fuera del juego; esto le proporcionará un estado de estar constantemente en alerta.

Un acontecimiento llega y desaparece. En cambio, la realidad no es esperada, es perpetua. No pierda de vista el carácter efímero de las experiencias y esto será suficiente para abrirle a la gracia.

En lo que llama usted meditación, recogimiento, usted se esfuerza en eliminar cualquier intención y se encuentra delante de una pantalla vacía de ideas objetivas o subjetivas. Después de eliminarlas, otros pensamientos rebeldes se presentan, le invaden indistintamente y usted procede de la misma manera. Inevitablemente, después de un período más o menos largo, usted consigue una mente cuya actividad está reducida. Si el investigador no está guiado por un instructor entendido, esta pantalla vacía permanecerá siendo un enigma para él. El silencio lúcido que buscamos está más allá de la mente. En la comprensión última, la vivencia, el discípulo y el instructor como tales están ausentes, sólo hay silencio en la unidad.

El conocimiento objetivo es alcanzado por el órgano correspondiente, pero el conocimiento real no tiene instrumento. En los límites de la mente, se concibe como testigo silencioso; cuando se establece la madurez última, esta definición nos abandona y el testigo es pura lucidez, tanto en la acción como en la inacción.

Los conflictos son la característica del individualismo. Ante la presencia-total del Uno, ya no existen. Cualquier esfuerzo, cualquier competición o agresión conciernen sólo el ego. Hágase la pregunta, ¿hasta qué punto está usted libre de sus tendencias, fuente de perpetuas dificultades? Lo que surge inesperado, instantáneo, espontáneamente, sin motivo, no es un lastre del pasado, lo que, sin raíces, no florece ni se marchita y surge repentinamente, lo que no es eminentemente familiar, esto donde no queda ninguna atadura, esto es el Ser.

Observe, sin idea preconcebida escuche su mente, cómo entra en acción, cómo actúa. Descubrirá que es usted el vigilante, el testigo; más adelante, comprenderá que es usted la luz del observador; esta posibilidad-universal está en el origen; todo surge de ella y no es más que ella.

La realidad no es un producto, un resultado, es. El único método que se puede sugerir es el de observar imparcialmente los procesos de la mente en acción, en las diferentes circunstancias de la vida. Naturalmente, no se trata de encontrar en ello una solución y

menos aún dejarse engañar; siga viviendo como antes, al pensar, al sentir manteniéndose abierto, se liberará así sin esfuerzo. Lo que llama usted su personalidad se evaporará y sólo permanecerá el testigo; al final se consumirá para dejar el sitio al saber último. Sobre todo, no me pregunte como ocurre.

¿Qué diferencia hay entre el hecho de tomarse por alguien o de tomarse por el testigo?

Los dos son imágenes mentales. En el primer caso, está usted ahogado en el miedo, en la angustia, en sus deseos; en el segundo, permanece no-afectado; las cosas aparecen y desaparecen sin que usted esté engañado porque sólo son mentales, no tienen existencia propia y dependen totalmente de la realidad. La mente y el testigo están en el Ser.

Acuérdese, cada vez que se presente la ocasión, que en una experiencia objetiva es usted el último conocedor, fuera de todo espacio-tiempo. De esta manera, se producirá un traslado de energía y la lucidez incondicionada le iluminará.

XII

EL SILENCIO

Sería interesante volver a considerar el problema que plantea la naturaleza de la agitación producida por el deseo: éste fluye directamente de un trasfondo del ego desamparado, que sufre por estar alejado de su fuente. Quiere salir de este aislamiento, de esta inseguridad apoyándose en lo que conoce y recurre, por tanto, al arsenal que está a su disposición para crear alegría, placer, seguridad. Estos sentimientos son, claro está, el reflejo de su origen, pero experimentados en un plano fenoménico, son temporales y mueren obligatoriamente en este trasfondo, ya que el sufrimiento está suscitado por dicho alejamiento. Placer, alegría, seguridad son para él accidentes. Cuando hemos comprendido la inutilidad de buscar la alegría en lo que conocemos, el «ego» se desvanece porque ya la intención no está en él, ya no es verdaderamente un «ego». Esta pausa, en general, es un producto del asombro provocado por el discernimiento del cual hablan los textos revelados y el instructor establecido en un estado de no-deseo. Por este deslumbramiento, las actividades se aquietan; lo que está detrás de ellas se revela como un silencio, pero no un silencio de la mente que, ya sabe usted, puede invadirnos temporalmente. Para quien está despierto en esta paz más allá del pensamiento, la mente ya no será agitación y se referirá estrictamente a lo que es, es decir, movimiento, función, sin que la realidad resulte afectada, y es inexacto afirmar que una mente aquietada ya no existe; por definición la mente es móvil y puede ser golpeada por algo que la aquieta momentáneamente. Aunque se nos revele el silencio no mental, volver a caer en los errores pasados es inherente a la naturaleza humana, pero por el mero hecho de haberlo vivido, aunque sea sólo una vez, volveremos a ser solicitados; esta invitación se hará cada vez más frecuente hasta que nos hayamos establecido en la experiencia.

¿Quisiera saber si la vía ascendente es compatible con el acercamiento del cual habla Vd.?

El escuchar no depende de un nivel, querer exaltar un nivel, intentar pasar a otro es absolutamente vano.

¿Cómo podemos darnos cuenta de que queremos lo que ya conocemos?

Pensamos lo que conocemos. El intelecto necesita la sensación como soporte, se expresa en el lenguaje de los sentidos y está organizado y condicionado por el trasfondo del sufrimiento; se sitúa en un marco espacio-temporal y es discontinuo, sólo puede vivir en el marco espacio/tiempo que depende totalmente del no-espacio/tiempo, lo no nacido eterno, nuestra verdadera naturaleza.

La tradición hindú dice que todos nuestros males vienen de la «avidyâ» (ignorancia) ¿Qué es esta «avidyâ»?

La noción de la «avidyâ» viene de «vidyâ», el conocimiento. La «avidyâ» se refiere a un ego identificado con las funciones corporales y mentales. Cuando, por una visión profunda, nos damos cuenta de que el «ego» y la «avidyâ» sólo pueden tener como base la no-función, «vidyâ», el acento se desplaza y nos encontramos en esta seguridad. En este momento estamos en un estado de escucha donde no existe ni anticipación, ni recapitulación; lo que somos profundamente se convierte en una vivencia para nosotros: esto es Ser. «Avidyâ» es una prolongación de este conocimiento pero «vidyâ» y «avidyâ» no son más que conceptos, el verdadero conocimiento anula toda dualidad de los complementarios.

¿Puede Vd. hablarnos del estado de escucha y de la perspectiva de su fuente?

Sabe usted que esta intuición se descubre en el hecho de que todo lo que es proyectado no tiene independencia, proviene de la conciencia. El aspirante es llamado, guiado hacia el último sujeto para que descubra la fuente de sí mismo. Debemos arrancar desde

el punto en que nos encontramos efectivamente, sea cual sea; lo que se presenta a nosotros, —nuestra corporeidad, nuestras sensaciones, emociones, pensamientos— debe ser aceptado, escuchado profundamente; no debemos querer algo, pero es necesario presentir el escuchar para que se revele a nosotros. El centro de gravedad colocado en lo escuchado se desplazará entonces hacia la escucha de donde fluye, en realidad, lo que se dice. En este momento es una realidad para nosotros. Lo que se oye puede ser llevado a múltiples niveles, tener extensiones sin fin, pero con estos medios no saldremos de este universo de sufrimiento.

La escucha no puede ser ni mejorada, ni perfeccionada, porque es toda perfección. Se manifiesta cuando la mente es golpeada por el deslumbramiento, cuando ya no se refiere a nada. Sabemos que esta satisfacción total es atribuida al objeto por error. El que conoce la perspectiva justa sabe que el motivo de esta paz no se encuentra así, el objeto no es más que un reflejo del silencio. La escucha surge de este deslumbramiento hacia el cual apunta, donde nada es suscitado, donde nada se presenta; como si estuviéramos en una habitación oscura en la cual numerosas ventanas se abrieran bruscamente; la habitación se encontraría de repente inundada de luz. Es instantáneo, todo se vuelve claro, luminoso.

¿Cuál es la diferencia entre ser o no ser guiado, en el proceso frente a la admiración de la cual habla Vd.?

Podemos conocer deslumbramientos que aquietan la mente, este aquietamiento es provocado por un acontecimiento exterior y contiene virtualmente la espera de algo. Para éste a quien se ha enseñado la perspectiva, el asombro no es una ausencia de objeto, sino una ausencia de la ausencia —como ya sabe usted que permite que se revele la luz que está detrás de la mente. Además, hemos insistido a menudo en este punto. La naturaleza de la mente es función y no es más que esto. La persona abandonada a sí misma toma la no-función producida en un momento dado por una ausencia de función, pero el que sabe es libre de cualquier espera, está abierto a la experiencia. La espera se puede comparar con la alfombra que no deja ver el suelo; estamos acostumbrados a encontrar la alfombra y el día en que la mandamos al tinte, su ausencia no nos deja ver el suelo.

Toda intención es un deseo de alcanzar el placer, o lo que resulta igual, un rechazo de sufrimiento; toda intención crea la agitación. La comodidad que podemos conseguir

de este modo es fatalmente momentánea y se acaba en el sufrimiento del cual ha nacido. Buscando la seguridad nos hundiremos sin remedio en la inseguridad.

La escucha implica, pues, la aceptación de que placer y dolor se sitúan en el mismo nivel. Además, no podemos hablar de nivel ya que el placer no es más que un dolor menor, en realidad no es más que un dolor en comparación con el gozo intemporal. Sufrimiento, pena, alegría tienen como trasfondo la plenitud, y cuando los examinamos con una atención sin apegos, no pueden subsistir y se disuelven en su fuente que es perfecta felicidad.

Para descubrir nuestra verdadera naturaleza necesitamos un maestro, pero si nos apegamos a él se vuelve un obstáculo. Finalmente, presentimos que este proceso es rigurosamente personal y que el éxito depende del que busca. ¿Puede Vd. explicarnos esta contradicción?

Cualquier circunstancia puede ser nuestro instructor, usted desea estar en paz, silencioso, y constata que está continuamente arrastrado por pensamientos, en busca de algo. Esta toma de conciencia es un instructor.

Nos encontramos aquí, pero en realidad, cada uno no encuentra más que a sí mismo. Encontrarnos como objetos no es más que una compensación para tratar de darnos seguridad. Es un encuentro mundano. El contacto verdadero se crea cuando nadie es encontrado; en un lugar que no es un lugar determinado por un espacio o una duración. Es la unidad, presencia real.

Intercambiamos ideas para conocer su calidad, para dar un valor justo a nuestro modo de ver las cosas, pero, de ninguna manera, podemos conocer nuestra verdadera naturaleza por este diálogo. En el fondo, es un razonamiento destinado a eliminarse por sí mismo para que, a un momento dado, se encuentre Vd. donde ya no hay sitio. Entonces, aparece un «sé» y lo que precede está borrado. Queda un estado profundo, sin problema, sin conflicto, donde no se puede añadir ni quitar nada; ya no hay diferencia entre usted y yo. Usted conoce sus pensamientos, sus emociones, sus sensaciones, pero no conoce el conocedor de todo esto; es la única cosa que nos diferencia actualmente.

El papel del instructor consiste, en el fondo, en invertir la orientación mental del discípulo hacia lo interior de su ser. Mientras el aspirante mira hacia lo exterior, necesita de alguien que le ayude a descubrir, en el momento preciso, que es él mismo el Ser, que no hay ni interior, ni exterior.

La contestación dada por éste que sabe que es ser no procede nunca de la memoria, toda contestación fluye de este saber. Debe estar acogida con un escuchar vacío, silencioso, luego olvidada. Es indispensable que la contestación verbal quede olvidada para que el aroma que acompañaba la formulación pueda tomar vida en el interrogador.

En la meditación, no queda ni meditante, ni discriminación, ni discernimiento, ni elección, es un estado hacia el cual nuestras charlas apuntan continuamente; ninguna forma, ningún nombre, ninguna percepción o concepto podría darle vida. Las preguntas planteadas no encuentran nunca su contestación por la vía dialéctica. Si deja que se mantengan en el plano mental, no encontrará la contestación real: será de nuevo un problema.

Debemos discernir bien la diferencia entre una pregunta que procede de la memoria, del pasado, y la que surge de lo actual, de lo inmediato. Esta última tiene ya una contestación en sí misma; en el momento en que la formulamos, no lo sabemos exactamente, pero lo presentimos.

¿Cuáles son las dificultades que encontramos en la meditación? Aparecen pensamientos de todas clases, ¿debemos rechazarlos? Cuando aparecen, ¿qué debemos hacer en este mismo momento? Muy a menudo, nos dejamos atrapar por ellos, subimos al tren

Rechazarlos o dejarse llevar por ellos le conduce al mismo resultado.

Entonces, ¿qué hacer?

Siempre pregunta lo mismo. No debe hacer absolutamente nada, porque hacer o no hacer resulta igual. Sobre todo no debe querer aquietarse.

Se ha dado cuenta. Se ha visto atrapado por sus pensamientos; constatarlo ya es un traslado de energía desde los moldes habituales hacia la realidad. Cuando vengan más pensamientos, una actitud distinta va a instalarse en usted, sin complicidad con lo que le solicita. Finalmente se encontrará sin formulación. Observará una zona de energía que precede al pensamiento y esta oscilación entre el tener y el devenir se apagará también; estará en el ahora. Ahí hay paz, tranquilidad absoluta, silencio, sin que haya alguien silencioso.

XIII

LA MEDITACION

Antes de terminar esta serie de diálogos, quisiera que volviéramos a examinar el mejor acercamiento a la meditación porque parece que no lo presienten bien.

Ya saben que no es una concentración en un objeto, quedaríamos entonces en el marco de la mente; es un estado de ser, no podemos decir lo que es, sólo podemos comprender lo que no es. La meditación no es una acción, ni una función con vista a un devenir, es una presencia constante y no un estado en el cual se entra y del cual se sale; ella sola es digna de ser llamada realidad ya que es real en sí y no necesita un agente para ser conocida. Es conocimiento, no se fija en un marco corporal, y no es de naturaleza psíquica. Aunque se la llame falsamente un estado, es únicamente «ser».

No es el resultado de una disciplina, ni de una acumulación intelectual, ni de la pausa de un movimiento mental; no es ni discriminación ni discernimiento; no es el resultado de una estimulación emocional, y menos aún del uso de drogas. No es la conclusión de ninguna actividad en un espacio-tiempo. Es intemporal, es una lucidez permanente. Cuando esto se ve claramente, toda búsqueda se aleja de nosotros, se produce una orquestación de nuestras energías que apuntan hacia lo que está situado fuera de un contexto de afectividad, de percepción.

¿Debemos rechazar todo tema de meditación? No veo muy bien por qué razón

No quiero repetirle que un yo, como sujeto que está meditando sobre tal o cual cosa, implica un esfuerzo constante en vistas a un resultado, es una concentración y evidentemente, sólo podemos proyectar lo que conocemos ya. Esto debe dejar de ser para que lo desconocido se haga conocido. Cualquier cambio que queramos provocar, cualquier intención es cerebral, es un artificio que es parte de lo que hay que cambiar y que pro-

cede directamente de la estructura angustia, miedo, deseo. La mente está impregnada por la educación, la cultura, la civilización, funciona según algunos modelos que imita.

La meditación es una escucha sin elección, una lucidez total en la cual las inhibiciones debidas a las motivaciones, a las ambiciones, desaparecen; la motivación es parte de la estructura miedo/deseo. La meditación es sencillamente un «darse cuenta» de todo lo que se presenta.

En los estados de vigilia o de soñar, estamos sometidos por la actividad o la inactividad de la mente; en el sueño profundo, la mente está quieta, lo mismo la idea de ser una persona; es una vacuidad no motivada, como el espacio entre dos pensamientos, entre dos percepciones. Estamos en lo vivenciado, en un estado de aceptación, de pura constatación, sin recapitulación, sin anticipación.

En esta conciencia unitiva, totalmente libres, desapegados de lo que se presenta, nos encontramos abiertos a una vida creativa. La inteligencia fluye de ella, el cuerpo y la mente son sus instrumentos, libres, claro está, de cualquier antagonismo.

El pensamiento, la emoción están arraigados en el pasado, están unidos a la persona; el pensamiento intencional siempre lleva consigo una tensión hacia algo.

Cuando estamos en el estado meditativo, la atención no es ni centrada, ni periférica, es multidimensional, no dirigida hacia un foco, nunca se agota, nunca se atasca en los atolladeros de la memoria. La no-aceptación crea excitaciones, estimulantes de emoción que perturban el equilibrio de nuestro ser; en cambio, la aceptación produce un equilibrio químico en el cuerpo, actualiza las energías virtuales y libera las que han sido aplicadas por el «ego» a la persona. Es la base de una observación, de una constatación que permite comprender la naturaleza de las emociones, el modo con el cual los reflejos se ponen en movimiento, su influencia en nuestras percepciones, así como nuestras reacciones con los demás u otras situaciones. La verdadera humildad resulta de ello. Entonces se produce un acuerdo y la transformación llega por sí misma, sin tensión cerebral. Es una aceptación sin voluntad, sin resistencia. Toda tensión surge de la fricción, de la coacción en las cuales ninguna constatación es posible. Estamos separados, aislados de la realidad; un fragmento sólo puede ver lo que es parcial, es un desequilibrio y la acción que de ahí procede sólo puede crear otras.

El ir al descubrimiento de nuestra verdadera naturaleza viene directamente del Ser y no se debe a una reacción, a un fracaso en la vida. Si la búsqueda es provocada por ambiciones decepcionadas, por frustraciones de la existencia, sólo servirá para acumular pretensiones en un mundo objetivo. La aceptación nos abre a la posibilidad-total, libera las energías.

¿Puede Vd. hacernos comprender mejor el papel de la concentración en la meditación?

Se podría creer que la meditación es diametralmente opuesta a la concentración, o que está en otro plano. Sin embargo, la meditación no tiene nivel y podemos decir con más precisión que todo nivel encuentra en ella su realidad.

El sujeto se concentra para conseguir un resultado, con una meta, poniendo en acción una red de contracciones, creando tensiones en todo el organismo; la ambición aparece, reforzando la idea de ser una persona. Vamos acumulando inmensas facultades, produciendo exteriorizaciones fabulosas, pero en un mundo y para un mundo objetivo que implica apoyo, protección. En el estado meditativo, sabemos que no hay nada por adquirir, nada por coger, ya que somos esencialmente meditación; la noción de una persona se desvanece y queda la humildad, la desnudez, allí donde apoyo y protección ya no tienen razón de ser. Esta convicción reduce instantáneamente toda tensión, toda proyección y nos encontramos en el umbral del despertar.

Acerca de esto ¿puedo pedirle aún que nos hable de la meditación, tal como la practicamos generalmente?

Sentarse, querer meditar es en el fondo —como ya se lo dije— un medio de darse cuenta de que no nos encontramos en el estado meditativo.

Constatamos que estamos llenos de reflejos profundamente virulentos, constatamos que queremos alcanzar algo, modificar e imaginar constantemente.

Debemos darnos cuenta de ello, únicamente notar en el instante nuestra agitación continua, esta oscilación entre el tener y el devenir. Entonces, poco a poco, surgen pausas en medio de toda esta excitación, nuestras energías se organizan dentro de nosotros de un modo distinto. Las que convergen en un punto que —si podemos expresarlo así— no tiene ni centro ni periferia y nos dejan espontáneamente en meditación, donde no hay ni el sujeto de la experiencia, ni el autor del acto: silencio, plenitud vivenciada.

La aceptación se presenta antes que la atención que permite la unidad total, la percepción sin motivo, sin inhibición. Más exactamente, la atención está justo antes de la meditación. Estamos flotando más allá de la superficie de la inatención.

En general, estamos atentos a nuestros móviles y nuestro organismo receptor es engañado, influido por ellos. No conocemos los objetos más que parcialmente, son califi-

cados por estos motivos y nuestras reacciones lo son también. Debemos llegar a la convicción inquebrantable de que el verdadero estado meditativo no puede nacer de ninguna actividad mental, que no es la conclusión de ejercicios en un espacio/tiempo. Es una vivencia en cada instante, tanto en la ausencia de un mundo objetivo como en su presencia. Da a los tres estados un soporte y una razón de ser, y nos permite movernos con inteligencia, sin repulsión ni atracción. Toda repetición intencional es mandada por nuestro «ego». Reforzada por el pasado, dirige el futuro.

Los tres estados: soñar, vigilia, dormir profundo, se desenvuelven en la meditación vivenciada y nos encontramos abiertos a la posibilidad-universal, para emplear una expresión de René Guénon: un mundo de energías se libera en nosotros.

¿Quisiera explicarnos más la mejor postura que nos conviene adoptar cuando queremos tratar de conseguir una calma interior por la meditación? Muy a menudo estoy incómodo

Debe comprender que es usted quien ha fijado esquemas corporales, buenos o malos, para encontrarse, para situarse de alguna forma. Su ojo ha contribuido a las sensaciones sólidas, pesadas, de su cuerpo, limitándole a su estructura anatómica. Si abandona esta imagen, dejando que las energías se liberen, sin fijarlas, sin elección, tomarán una extensión, una vacuidad inesperadas; la sensación táctil se despierta, la irradiación de su cuerpo se dilata en una inmensidad que absorbe todo lo que le rodea: las capas superpuestas de defensa y de agresión se apaciguan en un soltar, en un dejar-hacer sin tensiones; ya no es su cuerpo habitual, es meditación, es parte íntegra de la vivencia meditativa. Es una abertura a la gracia.

En una aceptación llena y total, sin resistencia, sin vacilación, sin coacción, el pensamiento se hace más lento, su vitalidad disminuye; los discursos que son repetición se vacían de substancia, una flexibilidad vigilante, sin elección se instala y el presentimiento, las vibraciones de la plenitud consumen todos los rastros de intención, de volición; sólo está presente el esplendor indiferenciado.

En un estado meditativo, ¿qué papel desempeña el «samadhi»?

En el seno de una perfecta identidad, el «samádhi» o éxtasis ya no tiene razón de ser. La distinción entre el adorador y lo adorado se desvanece. Ya no hay yo y Tú; eres yo, soy Tú. Por fin, como lo ha dicho tan bien el Maestro Eckhart, la adoración desaparece también en la iluminación del amor, unidad en la cual sólo permanece el gozo inefable en la pureza maravillada de la felicidad infinita, desnudez total, alegría sin objeto.

XIV

«Cuando tratamos estos problemas durante mucho tiempo, cuando vivimos con ellos durante mucho tiempo, es cuando la verdad surge de repente en el alma, como la luz surge de la chispa y luego crece por sí misma.»

PLATON, cartas.

LA FUENTE DE TODO DESEO

Vamos a volver a examinar juntos algunos puntos que tal vez no hayan sido suficientemente esclarecidos.

Primero, ¿han comprendido bien lo que queremos decir con «liberación»? La liberación le concierne, claro está, a la persona, consiste en ser libre de la persona. En realidad, el aspirante no difiere del instructor: los dos son el eje intemporal de toda acción, de toda percepción. La única diferencia es que uno sabe, mientras el otro no sabe lo que es.

La personalidad desempeña un papel importante en la vida de un hombre, todo gira a su alrededor. ¿Qué opina Vd.?

La personalidad es fabricada por la memoria y alimentada por el deseo. Pregúntese «¿Quién soy?» y experimente claramente, en vivo, que no es esta persona que piensa,

actúa, sufre; todas estas percepciones surgen y se disuelven en el saber del «soy», un trasfondo vivenciado.

Lo que llamamos una persona nace de una confusión. El pensamiento, el sentimiento, lo mismo que la acción, aparecen o desaparecen indefinidamente, creando la ilusión de una continuidad. El sentido de ser un yo no es más que una imagen del testigo, del vigilante, reflejada en la mente y con la cual se identifica, porque el confundirse con su creación es inherente a su naturaleza creativa. El mundo y sus objetos, como la misma persona, no son más que un producto de su imaginación. El instructor, por su presencia y con sus dotes de pedagogo, le hace comprender que usted no es una persona. Sólo el «yo», pensamiento sin objeto, presenta el lazo perfecto entre la mente y el testigo porque su aroma le viene directamente de este último; «soy esto», es parte de su imaginación, es una alucinación. El verdadero pensamiento «yo» apunta directamente hacia su fuente y se pierde en la vivencia no mental.

¿Cómo liberarme de la confusión mental?

Sea el testigo de sus actividades, sin parar, la vigilancia clarifica la mente y le colocará tarde o temprano conscientemente más allá de él.

Los altos y bajos de su proceso espiritual son debidos al hecho de que la perspectiva no ha sido cogida todavía en su totalidad. Estas fluctuaciones ocurrirán mientras no se haya liberado de la noción: soy el cuerpo; su movimiento natural no ha sido percibido todavía y la mente le extravía. La base para establecerse en la verdad es la escucha vacía de lo que dice el instructor y los recuerdos que de esto resultan, lo no-formulado, soporte de lo formulado, permite que la verdad se vuelva experiencia.

Sea lúcido y renuncie a lo que no es. El universo cuya fuente es usted obedece a su propia ley, según su propia disposición. No busque las causas de lo que cree ser; es un desgaste de energías totalmente vano. Lo que usted es genuinamente está más allá de toda causa y de todo perfeccionamiento. El creerse el autor de sus actos tiene su raíz en la ilusión de un yo y de sus propiedades.

Frecuentemente y tan a menudo como se presente la ocasión, debe usted considerar lo que está en el trasfondo. Su atención se pierde constantemente en los objetos y en las ideas, y el sentido de ser se le escapa totalmente. Se vuelve usted espectador de la corriente de su vida, de sus motivos, de sus acciones y de sus resultados. Considere las paredes que ha construido alrededor suyo. Al tomar conciencia de su terreno, llegará a conocerse a sí mismo. La eliminación de lo que usted imagina ser, de lo que no es, le

hará lúcido acerca de lo que es realmente: cualquier otra cosa es un producto mental. Esta realidad se obtiene por eliminación. Toda definición positiva es memoria y está al margen de la experiencia de lo real. Llegará a sentirse cada vez menos implicado en lo que se presente a usted y se descubrirá como el que percibe. Cuando se haya liberado de la opinión: soy este cuerpo, y de sus consecuencias, se despertará espontáneamente a su estado natural. Entréguese totalmente a este descubrimiento.

Ya sabe que el verdadero conocimiento no se puede obtener por algo conocido conceptualizado o perceptivo, que lo que es usted realmente, no se deja explicar y se obtiene por la extinción de lo que no es.

Un yo volitivo hace imposible la realización de lo vivenciado. La conciencia testigo debe intervenir y el «ego» debe convertirse en un objeto de discriminación. Es la puerta abierta hacia el perfecto equilibrio. El yo no se conoce, está identificado con lo que piensa, lo que siente, lo que experimenta. El instructor aparta al discípulo de lo que él cree ser para que se vaya conociendo a sí mismo y esté despierto a todas sus percepciones. El «ego» no es más que resistencia, defensa y agitación, la conciencia-testigo es la que, al principio, lo ilumina y lo desenmascara.

Después, el estado meditativo nos lleva a descubrir lo que somos últimamente. Tomamos una conciencia justa de nuestros esquemas corporales, de nuestros pensamientos, de nuestras motivaciones, que conocemos mal. Si dejamos que se articulen, que se expresen sin intervenir, este estado se vuelve purificación, desnudez, sin que nadie purifique o desnude. Es un puesto de observación no implicado. Un mundo de energías totalmente insospechadas se libera, se desbloquea; la mente pierde su agitación, se vuelve movimiento natural, lo que nos permite descubrirnos como testigo, como vigilante. El reflejo, «soy esto o aquello» nos abandona totalmente; el vigilante trasciende la experiencia y el experimentador. Por fin, comprendemos que el testigo está dentro del Ser, fluye del Ser, pura lucidez, bienaventuranza suprema, luz del observador.

El individuo no tiene existencia fuera del último conocedor, no es más que una sombra, un reflejo de éste en la pantalla de la mente, un compuesto de la memoria y de los hábitos. Siempre agitado, espera y reivindica, buscando la confirmación, la seguridad y la acumulación. En el fondo está atemorizado y teme interrogarse en profundidad.

Toda percepción, toda experiencia está unida al tiempo, pero la verdad trasciende. Es una visión inexacta la que nos empuja a identificamos con lo impermanente. Todo lo que piensa, siente, hace, es pasajero; la sensación de ser es su base, es permanente. Déjese invitar lo más posible por el presentimiento, el recuerdo de esta sensación y húndase en él cada vez más hasta que la realidad le arrastre.

Me dijo Vd. un día: sólo existe lo verdadero y lo falso es una superposición

Lo falso es imaginario, lo verdadero es Ser. Una visión justa de lo falso es iluminación. La renuncia se produce sin que alguien renuncie. El silencio lúcido contiene el todo y lo armoniza, lo purifica. Vía directa, vía sin elección, hay entonces traslado de energías e instalación espontánea en el ser verdadero.

El mundo existe porque usted existe, pero usted no es el mundo. Los objetos de la conciencia, nombres y formas, representan el universo; la realidad, que es todo silencio, está más allá. Usted recalca el nombre y la forma y así la verdad se escapa.

Fuera de la conciencia no somos nada: el universo, usted y yo aparecemos en ella. Separados en imaginación de esta lucidez, nos hemos encerrado en miedos, conceptos, imágenes. Los estados de vigilia y de sueño son superposiciones a esta conciencia-silencio que todos tenemos en común.

Para terminar, no olvide sobre todo que lo que hace no tiene ninguna importancia, lo que importa es el modo de hacerlo, su actitud interior. Su papel en el escenario del mundo toma todo su sentido en la lucidez con la cual lo representa usted. Mantenga su conciencia de ser y se despertará en la alegría. La elección se basa en la memoria y se vuelve fácilmente esclavitud, la acción desinteresada no le ata a nada, le deja libre; sea sólo entrega. No se ahogue en el personaje que hay que interpretar ya que perturba la visión de su origen profundo. Trate de vivir espontáneamente, simplemente; sólo cuenta el momento presente. Así es el estado meditativo, la alegría sin objeto.

Viva en profundidad y deje que la repentina aparición del deseo se deslice y se disuelva en el origen de todo deseo.